

WILKIE COLLINS

—autor de *La dama de blanco*—

Señora o señorita



Inédito en
castellano

Lectulandia

Una historia de amor, un matrimonio clandestino, una herencia familiar, además de celos, traición... son los ingredientes de esta novela. El matrimonio Graybrooke transcurre unos meses navegando en la confianza de que la cercanía con el mar permita a su hija Natalie recuperarse de una enfermedad. A bordo, su padre, Sir Craybrooke, la promete a Richard Turlington, un ambicioso comerciante que se encapricha de Natalie y de los intereses que su matrimonio con ella le pueden proporcionar...

Lectulandia

Wilkie Collins

Señora o señorita

ePub r1.1

Oxobuco 11.07.13

Título original: *Miss or Mrs*
Wilkie Collins, 1873
Diseño de cubierta: Maria Benavides
sobre una ilustración de Mary Cassat
Traducción: Natalia Labzovskaya

Editor digital: Oxobuco
Corrección de erratas: Oxobuco
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Personajes:

Sir Joseph Graybrooke (Caballero)

Richard Turlington (del Comercio con el Levante)

Launcelot Linzie (del Colegio de Cirujanos)

James Dicas (del Registro de Abogados)

Thomas Wildfang (Marinero jubilado)

Señorita Graybrooke (Hermana de Sir Joseph)

Natalie (Hija de Sir Joseph)

Lady Winwood (Sobrina de Sir Joseph)

Amelia Sophia y Dorothea (Hijastras de Lady Winwood)

Tiempo: actual (mediados del siglo XIX)

Lugar: Inglaterra

1. En el mar

La noche había finalizado. El día recién nacido esperaba por avivar su luz en un silencio que se desconoce en tierra firme, el silencio que en un mar en calma precede a la salida del Sol.

No llegaba ni un soplo de aire. El agua, inmóvil, carecía de rizos. El único cambio era el de la luz, que aumentaba poco a poco, con suavidad; el único movimiento era el de la perezosa neblina, que ascendía serpenteando al encuentro del Sol, su amo, hacia el Este del mar. Muy paulatinamente, a medida que el velo etéreo de la mañana se levantaba, se volvía cada vez más fino, hasta que en los primeros rayos de la luz solar se pudo divisar el alto velamen blanco de una goleta.

Un gran silencio reinaba en la embarcación, de proa a popa, igual que el silencio que reinaba en el mar.

Sin embargo, en la cubierta había un ser viviente: el timonel, que dormitaba apaciblemente con un brazo sobre la inútil barra del timón. La luz aumentaba por minutos y, con ella, el calor; y sin embargo, el timonel dormía apaciblemente, las pesadas velas colgaban sin ruido y el agua, soñolienta, rodeaba la nave. Toda la esfera solar ya se había elevado por encima del horizonte, cuando el primer sonido se abrió paso a través del silencio matutino. Desde muy lejos sobre la blanca superficie del resplandeciente océano, el grito de un ave marina llegó hasta la goleta a la vez que de pronto se desvanecían los últimos círculos vaporosos de la neblina.

El hombre que dormía junto al timón se despertó; miró las ociosas velas y bostezó con simpatía hacia ellas; miró hacia el mar, en ambas direcciones, y sacudió la cabeza ante la suprema obstinación de la calma.

—Sopla, mi brisa —dijo el hombre silbando suavemente entre dientes—. Sopla, mi brisa. —Era una invocación marinera para despertar el viento.

—¿Proa hacia dónde? —gritó una voz vigorosa y estridente que llegó hasta la cubierta desde la escalera del camarote.

—Hacia donde usted guste, capitán; a cualquier parte.

A la voz la siguió el hombre. El propietario de la goleta apareció en cubierta.

He aquí el caballero Richard Turlington, de la importante firma levantina de Pizzituti, Turlington & Branca; tenía treinta y ocho años y, aunque no medía más de cinco pies y seis pulgadas, era robusto y musculoso. El señor Turlington presentaba a la vista de sus semejantes un ejemplo del carácter perpendicular de la constitución humana. La línea de su frente era recta, la de su labio superior también, y la del mentón era la más recta y larga de todas. Cuando volvió el moreno rostro al Este y resguardó los ojos, de un color gris claro, de los rayos del Sol, su nudosa mano reveló sin ambages que en otros tiempos se había ganado la vida con su propio trabajo. En conjunto, era un hombre fácil de respetar pero difícil de amar; mejor compañía en la

cubierta de oficiales que en una mesa de sociedad. Tanto en el sentido moral como físico, si es que pudiéramos permitirnos esta expresión, era un hombre sin curvaturas.

—Ayer tuvimos calma —gruñó Richard Turlington mientras observaba con deliberada obstinación a su alrededor—, y hoy seguimos con la misma calma. ¡Ja! En la próxima temporada haré que instalen motores en el barco. ¡Odio esto!

—Piense en la suciedad del carbón y en la infernal vibración, y deje su bella goleta tal y cómo es. Estamos de vacaciones. Deje que el viento y el mar descansen también.

Con estas palabras de reconvención, un joven caballero, esbelto, ágil y de cabello rizado, se unió a Richard Turlington en cubierta. Llevaba su ropa bajo el brazo, sus toallas en la mano, y sólo vestía el camisón de dormir, tal y como se había levantado de la cama.

—Launcelot Linzie, se le ha admitido a bordo de mi barco en calidad de médico personal de la señorita Natalie Graybrooke, a solicitud de su padre. Aténgase a su lugar, por favor. Cuando yo desee su consejo, se lo pediré. —Con esta respuesta, el hombre de más edad dirigió al más joven la mirada de sus descoloridos ojos grises con una expresión que decía a las claras: «En esta goleta, muy pronto, no cabremos usted y yo al mismo tiempo.»

Por lo visto, Launcelot Linzie tenía sus razones para no permitir que el anfitrión lo ofendiera en modo alguno.

—¡Gracias! —le respondió en un tono de satírico buen humor—. No es fácil atenerme a mi lugar en su goleta. No puedo dejar de aparentar que disfruto como si fuera yo el propietario. Esta vida es para mí tan nueva; es que aquí, por ejemplo, ¡es tan deliciosamente fácil lavarse! En tierra firme es una complicada cuestión de jarras, palanganas y bañeras, siempre se corre el peligro de romper algo o de echarlo a perder. En cambio, aquí sólo hay que levantarse de la cama, salir corriendo a la cubierta y ¡hacer esto!

Se volvió y corrió hacia los mástiles de la goleta. En un instante se despojó del camisón de dormir, a continuación se encaramó en el macarrón y, seguidamente, ya estaba disfrutando de su baño en sesenta brazas de agua salada.

Los ojos de Turlington lo siguieron a desgana, con molesta atención, mientras nadaba alrededor del barco. Era el único objeto móvil a la vista. La mente de Turlington, constante y lenta en todas sus operaciones, le estaba planteando un problema para resolver:

«Launcelot Linzie es quince años más joven que yo. A esto hay que añadirle que Launcelot Linzie es primo de Natalie Graybrooke. Dadas estas dos circunstancias, se pregunta: ¿se habrá prendado de él Natalie?»

Meditando una y otra vez sobre este asunto, Richard Turlington se sentó en un rincón de la popa del barco. Aún estaba pensando en el problema cuando el joven

médico regresó a su camarote para dar los toques finales a su *toilet*. Aún no había hallado la solución cuando, una hora más tarde, el sobrecargo anunció:

—El desayuno está listo, señor.

Eran cinco las personas reunidas alrededor de la mesa. En primer lugar, Sir Joseph Graybrooke. Heredero de una cuantiosa fortuna acumulada por su padre y abuelo, en el comercio. Alcalde, dos veces electo, de una próspera ciudad provinciana. Poseedor, en virtud de ocupar este cargo, del privilegio oficial de entregar una llana de plata a un personaje de la familia real que había condescendido a colocar la primera piedra de un edificio destinado a la caridad pública. Armado caballero, por consiguiente, en honor de esta ocasión. Digno del honor y digno de la ocasión. Representante típico de su clase, eminentemente respetable. Poseedor de un rostro amable, rosado y suave, con sedosos y níveos cabellos. Firme en sus principios; ordenado en el vestir; dotado de maneras moderadas y buena digestión. Un anciano inofensivo, saludable, acicalado, intachable y débil de carácter.

En segundo lugar, la señorita Lavinia Graybrooke, hermana soltera de Sir Joseph. Como persona, no era otra cosa que Sir Joseph en enaguas. Quien lo conocía a él, la conocía a ella.

En tercer lugar, la señorita Natalie Graybrooke, hija única de Sir Joseph. Había heredado la apariencia física y el temperamento de su madre, fallecida hacía muchos años. En la familia de la difunta Lady Graybrooke, que se había asentado originalmente en Martinica, se mezclaban la sangre negra y francesa. Natalie tenía el cálido color moreno de su madre, su soberbio cabello negro y sus tiernos, perezosos y adorables ojos pardos. A los quince años poseía un desarrollo de busto y caderas que en Inglaterra pocas veces se alcanza antes de los veinte. Todo en esta muchacha, con excepción de las rosadas orejitas, era de escala de amazona. Las manos bien formadas eran largas y grandes; la fina cintura era la de una mujer adulta. La indolente gracia de todos sus movimientos radicaba principalmente en la casi masculina firmeza de acción y en la profusión de recursos físicos. Este notable desarrollo corporal distaba mucho de ir a la par con un correspondiente desarrollo de carácter. Las maneras de Natalie eran las amables e inocentes maneras de una jovencita. El dulce carácter del padre se mezclaba con la variable naturaleza meridional de la madre. Se movía como una diosa y se reía como una niña. Los síntomas de una maduración demasiado rápida, o excesiva para la fuerza de su edad, habían aparecido en la hija de Sir Joseph durante la primavera, y el médico de la familia sugirió un viaje marítimo como una forma razonable de emplear los agradables meses de verano. La goleta de Richard Turlington fue puesta a su disposición, con el propio Richard Turlington incluido como uno de los aditamentos de la embarcación. Con el padre y la tía para mantener la atmósfera hogareña, con el primo Launcelot (más conocido por Launce) para llevar a cabo, en caso de necesidad, el tratamiento médico prescrito por una autoridad

superior en tierra firme, la adorable paciente emprendió su travesía estival y renació en una nueva existencia entre las vivificantes brisas marinas. Después de dos dichosos meses de perezosa navegación alrededor de las costas de Inglaterra, todo cuanto quedaba de la enfermedad de Natalie era una deliciosa languidez de sus ojos y una incapacidad absoluta de dedicarse a nada que se asemejara a una ocupación seria. Aquella mañana, cuando se sentó a la mesa de desayuno, con su pintoresco vestido marinero de anticuado nanquín, su innato infantilismo de modales que contrastaba deliciosamente con la floreciente madurez de sus formas, el hombre debería armarse de una triple coraza de la filosofía moderna para negar que el primerísimo derecho de la mujer es el de ser bella, y que el principal mérito femenino es el de ser joven.

Las otras dos personas presentes a la mesa eran los dos caballeros que ya habían hecho su aparición en la cubierta de la goleta.

—¡No hay ni un soplo de brisa! —dijo Richard Turlington—. El tiempo conspira contra nosotros. Hemos derivado unas cuatro o cinco millas en las últimas cuarenta y ocho horas. Jamás volverá usted a emprender otro crucero conmigo, debe de estar añorando regresar a tierra firme.

Se dirigía a Natalie, con toda evidencia tratando de hacerse agradable a la joven y, con igual evidencia, sin ningún éxito en su intento por impresionarla. La muchacha le dio una respuesta cortés y bajó la mirada a su taza de té en vez de dirigirla a Richard Turlington.

—Podrías ahora mismo hacerte la idea de que estás en tierra firme —dijo Launce—. El barco está tan inmóvil como una casa, y la mesa oscilante donde estamos desayunando está tan firme como la mesa del comedor de tu casa.

Él también se dirigía a Natalie, pero sin traicionar la ansiedad por agradarla, que el otro había manifestado. Por esta razón, desvió su atención de la taza de té, y su idea despertó al instante otra en la mente de la joven.

—Sería tan extraño —dijo— encontrarme en tierra firme, en una habitación que nunca se incline hacia un lado, y sentarme a una mesa que no descienda hasta mis rodillas algunas veces y otras no se alce hacia mi mentón. ¡Cómo voy a extrañar el rumor del agua en mis oídos y el toque de la campana en cubierta, cuando me despierte de noche en tierra! Allí no importa cómo sopla el viento o cómo están dispuestas las velas. Allí, al extraviarse, no hay que preguntar el camino al Sol, con un pequeño instrumento de bronce, un trozo de lápiz y un papel. Allí no se deriva deliciosamente a la merced del viento, sin preocupación por planificar de antemano adónde se desea ir. ¡Oh, cuánto extrañaré el querido, cambiante e inconstante mar! ¡Y cuánto me aflige no ser un hombre y un marinero!

¡Y esto lo decía la invitada que había sido admitida a bordo como enferma, y ni una sola palabra de todo este discurso se dirigía, ni siquiera por casualidad, al propietario de la goleta!

Las densas cejas de Richard Turlington se contrajeron con una inequívoca expresión de dolor.

—Si esta calma persiste —dijo, dirigiéndose a Sir Joseph—, temo, Graybrooke, que este fin de semana no podré devolverlos al puerto del que zarpamos.

—Cuando usted desee, Richard —respondió el anciano caballero con resignación—. Para mí, cualquier tiempo es bueno.

—Cualquier tiempo dentro de unos límites razonables, Joseph —exclamó la señorita Lavinia, quien con toda evidencia consideraba que su hermano era demasiado condescendiente. Hablaba con la afable sonrisa de Sir Joseph y con su suave tono de voz. Dos niños gemelos difícilmente podrían semejarse más.

Mientras los mayores intercambiaban estas pocas palabras, entre los dos jóvenes sentados a la mesa se desarrollaba una comunicación particular. El pie de Natalie, calzado con primorosas zapatillas, avanzó una pulgada tras otra, cautelosamente, sobre la alfombra hasta dar con la bota de Launce. Al instante, el joven, que estaba devorando su desayuno, levantó la mirada del plato y después, al segundo toque de Natalie, la volvió a bajar con un violento apuro. Después de una pausa para asegurarse de que nadie había notado nada, Natalie tomó el cuchillo. Fingiendo a la perfección estar jugando con él distraída, como una joven dama absorta en sus pensamientos, empezó a dividir una lonja de jamón que se hallaba en la parte izquierda de su plato en seis diminutos pedacitos. Launce miraba de soslayo, con expectación, cómo el jamón se dividía y se subdividía. Con toda evidencia, esperaba ver que la colección de pedacitos recibiese algún uso telegráfico, previamente acordado entre él y su vecina.

Mientras tanto, la conversación entre las demás personas en la mesa de desayuno proseguía. La señorita Lavinia se dirigió a Launce:

—¿Sabes, mi niño despreocupado, que hoy por la mañana me diste un susto? Estaba dormida en mi camarote con la escotilla abierta, y me despertó un terrible chapoteo en el agua. Llamé a la camarera. ¡Le dije que creía que alguien había caído por la borda!

Sir Joseph le dirigió una rápida mirada; su hermana había suscitado sin querer un viejo recuerdo.

—Hablando de caídas por la borda —repuso—, esto me hace recordar una extraordinaria aventura...

Aquí intervino Launce, disculpándose:

—Eso no volverá a ocurrir, señorita Lavinia —dijo—. Mañana por la mañana me untaré aceite por todo el cuerpo y me deslizaré en el agua tan silenciosamente como una foca.

—Una extraordinaria aventura —insistió Sir Joseph—, que me sucedió hace muchos años, cuando era joven. ¿Lavinia?

Se interrumpió y dirigió una mirada interrogativa a su hermana. A modo de respuesta, la señorita Lavinia asintió con la cabeza y se acomodó en su asiento, como si concentrara toda su atención previendo que la iba a necesitar. Para las personas que conocían bien a los dos hermanos, estos procedimientos eran presagios de una inminente narración, prolongada hasta una duración formidable. Contaban siempre sus historias a dúo, y siempre diferían en cuanto a los hechos, la hermana contradiciendo cortésmente a Sir Joseph cuando era él quien narraba, y viceversa, el hermano contradiciendo cortésmente a la señorita Lavinia cuando era ella la narradora. Si se les hubiese separado y, de esta manera, despojado de su habitual intercambio de contradicciones, jamás hubiesen podido llevar a término la relación de la más sencilla serie de sucesos.

—Esto aconteció cinco años antes de conocerlo a usted, Richard —dijo Sir Joseph.

—Seis años —expresó la señorita Graybrooke.

—Perdón, Lavinia...

—No, Joseph, lo tengo anotado en mi diario.

—No insistamos en ese punto —(Sir Joseph usaba siempre esta fórmula como medio de apaciguar a su hermana y dar un nuevo comienzo a la narración)—. Cruzaba frente al Mersey en una embarcación de práctico de Liverpool. Había fletado la embarcación en compañía de un amigo mío, antaño muy conocido en la sociedad londinense, y cuyo apodo, debido al peculiar color castaño de sus patillas, era *Caoba Dobbs*...

—Fue a causa de sus libreas, Joseph, no debido a sus patillas.

—Mi querida Lavinia, estás pensando en *Shaw Verde Marino*, apodado así a causa de las extraordinarias libreas que había adoptado para sus sirvientes en el año en que fue alguacil.

—No estoy pensando en él, Joseph.

—Perdón, Lavinia.

Los nudosos dedos de Richard Turlington tamborilearon con impaciencia sobre la mesa. Miraba a Natalie. La joven, despreocupada, estaba disponiendo en un cierto orden los pequeños trocitos de jamón en su plato. Launcelot Linzie, aun más despreocupado, observaba la disposición. Al ver lo que estaba viendo, Richard resolvió el problema que lo había perturbado en cubierta. ¡Era simplemente imposible que Natalie se hubiese prendado de veras de un idiota cabeza hueca como ese!

Sir Joseph prosiguió con su historia:

—Estábamos a unas diez o doce millas frente a la desembocadura del Mersey...

—Millas náuticas, Joseph.

—Esto no importa, Lavinia.

—Perdóname, hermano, el difunto doctor Johnson, gran hombre y buen médico,

solía decir que las cosas más triviales debían analizarse siempre con la mayor precisión.

—Eran millas comunes, Lavinia.

—Eran millas náuticas, Joseph.

—No insistamos en este punto. *Caoba* Dobbs y yo acertamos a estar abajo, en el camarote, ocupados en...

Aquí Sir Joseph hizo una pausa (con su amable sonrisa) para consultar su memoria. La señorita Lavinia esperó (con su amable sonrisa) la próxima oportunidad para rectificar al hermano. En el mismo instante Natalie bajó el cuchillo y tocó con suavidad a Launce por debajo de la mesa, para llamar su atención hacia los seis trocitos de jamón que estaban dispuestos en el plato de la siguiente manera: dos se hallaban uno frente al otro, y los otros cuatro perpendicularmente a ellos. Launce miró y tocó dos veces a Natalie por debajo de la mesa. La señal en el plato, según el código acordado por ellos, significaba: «Tengo que verte en privado». Y el doble toque de Launce quería decir: «Después del desayuno».

Sir Joseph prosiguió con la historia. Natalie volvió a tomar el cuchillo. ¡Iba a aparecer otra señal!

—Estábamos abajo en el camarote, ocupados en dar término a la cena...

—Estabais almorzando, Joseph.

—Vaya por Dios, soy yo quien he de saberlo.

—Sólo repito lo que me dijiste, hermano. La última vez que narraste esta historia, estabas almorzando con tu amigo.

—No particularicemos, Lavinia. Supongamos que estábamos ingiriendo un alimento.

—Si no es mayor importancia que eso, Joseph, seguramente sería mejor obviarlo por completo.

—No insistamos en este punto. Bien, pues de pronto nos sobresaltó un grito en cubierta: «¡Hombre al agua!» Nos apresuramos a subir corriendo la escalera, pensando que uno de los tripulantes había caído al mar; pensamiento compartido, he de decir, por el timonel, quien había dado la alarma.

Sir Joseph hizo una nueva pausa. Se estaba acercando al punto más dramático de la historia y, desde luego, ansiaba presentarlo de la manera más impresionante posible. Con la cabeza algo ladeada, se detuvo a considerar para sus adentros. También la señorita Lavinia estaba considerando para sus adentros, con la cabeza algo ladeada. Natalie volvió a bajar el cuchillo y, de nuevo, tocó a Launce por debajo de la mesa. Esta vez en el plato había cinco trocitos de jamón dispuestos longitudinalmente, con un trocito más debajo de ellos en el centro de la línea. Según el código, esta señal representaba dos palabras ominosas: «Malas noticias». Launce dirigió una mirada significativa al dueño de la goleta, como diciendo: «¿Es él la

causa?». Natalie frunció el seño: «Sí, es él». Launce volvió a bajar la mirada al plato. Al instante, Natalie mezcló todos los trocitos de jamón en un pequeño montoncito, lo cual significaba: «Nada más que decir».

—Bien —dijo Richard Turlington, volviéndose bruscamente hacia Sir Joseph—. Prosiga con su historia. ¿Qué sucedió después?

Hasta entonces no se había molestado en mostrar siquiera una decente apariencia de interés por la narrativa, constantemente interrumpida, de su viejo amigo. Sólo cuando Sir Joseph llegó a decir su última frase, dando a entender que era posible que con el tiempo se descubriría que el hombre que había caído al agua no era un miembro de la tripulación de la lancha del práctico, sólo entonces Turlington se enderezó en su silla y dio muestras de sentir un repentino y fuerte interés hacia el desarrollo de la historia.

Sir Joseph prosiguió:

—En cuanto subimos a cubierta, vimos a un hombre en el agua, a popa. Nuestra embarcación giró en el sentido del viento, y se hizo bajar la chalupa. El capitán y uno de los hombres empuñaron los remos. Nuestros tripulantes eran siete en total. Dos estaban fuera en la chalupa, un tercero en el timón y, para mi asombro, al mirar alrededor vi que los cuatro, detrás de mí, completaban el número. En el mismo instante, *Caoba* Dobbs, quien observaba a través de un telescopio, gritó: «¿Quién diablos puede ser? Este hombre está flotando sobre una jaula de gallinas, y nosotros aquí no tenemos nada por el estilo.»

La única persona entre los presentes que notó la expresión en el rostro de Turlington al escuchar estas palabras, fue Launcelot Linzie. Fue él, y sólo él, quien vio cómo la tez morena del comerciante con el Levante fue palideciendo poco a poco hasta tornarse lívido, grisáceo, ceniciento. Tenía los ojos fijos en Sir Joseph Graybrooke con una mirada furtiva, como la de una bestia salvaje. Consciente, al parecer, de que Launcelot lo observaba, aunque sin volver jamás la cabeza hacia el joven, apoyó un codo sobre la mesa, levantó el brazo y apoyó el rostro sobre la mano, como haciendo pantalla para protegerla de la mirada del médico mientras la historia continuaba.

—Subieron al hombre a bordo —prosiguió Sir Joseph—, desde luego con la jaula de gallinas sobre la que había estado flotando. El pobre infeliz estaba azul de terror y por haber permanecido en el agua. Se desmayó cuando lo subimos a cubierta. Al volver en sí nos contó una historia espeluznante. Era un marinero extranjero, enfermo e indigente, y se había escondido en la bodega de una embarcación inglesa que se dirigía a un puerto de su país natal y que aquella mañana había zarpado de Liverpool. Lo descubrieron y llevaron ante el capitán. Éste, verdadero monstruo de aspecto humano, si es que hubo alguna vez en él algo humano...

Antes de que Sir Joseph llegara a pronunciar su próxima palabra, Turlington

sorprendió a la pequeña reunión poniéndose de pie repentinamente.

—¡La brisa! —exclamó—. ¡Al fin la brisa!

Con estas palabras, giró hacia la puerta, volviéndose de espaldas a sus huéspedes, y gritó hacia la cubierta:

—¿De qué lado sopla el viento?

—No hay ni un soplo de viento, señor.

En el camarote no se había percibido ni el más ligero movimiento, ni un sonido que indicase que hubiera brisa. El propietario de la goleta, acostumbrado al mar y, de ser necesario, capaz de gobernar su propia embarcación, al parecer había cometido un extraño error. Se volvió de nuevo hacia sus amigos y se excusó con un exceso de cortesía muy impropia de él en otros momentos y otras circunstancias.

—Continúe —dijo a Sir Joseph, cuando había terminado con sus excusas—; jamás en mi vida he oído una historia tan interesante. ¡Prosiga, por favor!

Era algo más fácil de pedir que de hacer. Las ideas de Sir Joseph se habían hecho un lío. Las contradicciones de la señorita Lavinia (mantenidas en reserva) se habían dispersado a falta de requerimiento. Además, el aspecto y las maneras del anfitrión habían dificultado a ambos hermanos el control de sus facultades. En vez de dar ánimos a dos personas inofensivas, las había alarmado, al enfrentarse a ellos casi agresivo, con los codos apoyados sobre la mesa y, en su rostro, una firme resolución de permanecer allí sentado y escuchar, de ser necesario, hasta el fin de sus días. Fue Launce quien puso a Sir Joseph en condiciones de continuar el relato. Después de mirar con atención a Richard, devolvió a su tío directamente a la historia con una sola pregunta:

—¿No querrás decir que el capitán del barco había arrojado al hombre por la borda?

—Esto es lo que había hecho, Launce. El pobre infeliz estaba demasiado enfermo para pagar su pasaje trabajando. El capitán declaró que no iba a tener a un vagabundo extranjero holgazaneando a bordo de su barco, comiendo provisiones de ingleses que trabajaban. Bajó al agua con sus propias manos la jaula de gallinas y, con ayuda de uno de los marineros, lanzó al hombre sobre ella, diciéndole que flotara de regreso hasta Liverpool con la ayuda de la marea vespertina.

—¡Mentira! —exclamó Turlington, dirigiéndose no a Sir Joseph sino a Launce.

—¿Está usted familiarizado con las circunstancias? —preguntó Launce, sereno.

—Nada sé de las circunstancias. Digo, por mi propia experiencia, que los marinos extranjeros suelen ser aún más canallas que los ingleses. El hombre, sin duda alguna, había tenido un accidente. El resto de su historia fue una mentira, con el propósito de abrir el bolsillo de Sir Joseph.

Éste, afable, movió la cabeza:

—No fue una mentira, Richard. Hubo testigos que confirmaron que el hombre

había dicho la verdad.

—¿Testigos? ¡Claro que no! Otros mentirosos, dirá usted.

—Fui a ver a los dueños de la embarcación —prosiguió Sir Joseph—. Supe por ellos los nombres de los oficiales y los marineros y esperé, al dejar el caso en manos de la policía de Liverpool. El barco zozobró en la desembocadura del Amazonas, pero los tripulantes y la carga se salvaron. Los hombres que eran de Liverpool regresaron. Les aseguro que formaban un conjunto de mala ralea. Pero se les interrogó por separado sobre el trato dado al marino extranjero, y todos contaron la misma historia. No pudieron decir qué suerte había corrido su capitán, ni el marinero que había sido su cómplice en el crimen, salvo que no se habían embarcado en el mismo buque que llevó a Inglaterra al resto de tripulantes. Independientemente de lo que pudiera suceder más tarde al capitán, es seguro que jamás regresó a Liverpool.

—¿Pudo usted averiguar su nombre?

Fue Turlington quien hizo esta pregunta. Incluso Sir Joseph, el hombre menos observador del mundo, pudo notar que la había hecho con una irritación totalmente inexplicable.

—No se enfade, Richard —dijo el anciano caballero—. ¿Qué hay aquí como para enfadarse?

—No sé a qué se refiere usted. No estoy enfadado. Sólo siento curiosidad. ¿Averiguó usted quién era el hombre?

—Lo averigüé. Su nombre era Goward. En Liverpool lo conocían por ser un hombre muy inteligente y muy peligroso. En aquel entonces era aún muy joven, y sin embargo, ya era un marinero de primera. Era famoso por hacerse cargo de embarcaciones en mal estado y tripulantes vagabundos. Un informe me lo describió como un hombre que, de esta manera, se había hecho con una cantidad de dinero considerable para alguien de su posición. Ya sabe usted, sirviendo a firmas con mala reputación y corriendo todo tipo de riesgos desesperados. ¡Un triste rufián, Richard! En más de una ocasión, a ambos lados del Atlántico, tuvo problemas por actos de violencia y crueldad. Me atrevería a decir que debe de haber muerto hace mucho tiempo.

—O tal vez —dijo Launce— está vivo, con otro nombre, y está prosperando en un nuevo modo de vida, con riesgos más desesperados, aunque de alguna otra índole.

—¿Está usted familiarizado con las circunstancias? —preguntó Turlington, dirigiéndose esta vez a Launce, con un duro tono de desafío en su estridente voz.

—¿Qué le sucedió al pobre marinero extranjero, papá? —quiso saber Natalie, interrumpiendo a Launce con todo propósito, antes de que pudiera dar una respuesta airada a la pregunta que con ira se le había hecho.

—Hicimos una suscripción y nos dirigimos a su cónsul, hijita. El pobre pudo regresar a su país con bastante comodidad.

—Y este es el fin de la historia de Sir Joseph —dijo Turlington, riéndose ruidosamente en su silla—. Lástima no tener a bordo un escritor: podría hacer de esto una novela. —Miró por la claraboya y se puso de pie—: Esta vez sí tenemos brisa —exclamó—: ¡Y no es un error!

Era cierto. Al fin, había llegado la brisa. Las velas se hincharon, el botalón se balanceó con estrépito, y el agua, dormida durante tanto tiempo, se despertó al fin y burbujeó alegremente a ambos lados de la embarcación.

—Vamos a cubierta, Natalie, a tomar un poco de aire fresco —dijo La señorita Lavinia, encaminándose hacia la puerta.

Natalie alzó la falda de su vestido de nanquín y mostró un desgarrón en el tejido púrpura, de varias yardas de largo.

—Dame primero una media hora en mi camarote, tía, para remediar esto.

La señorita Lavinia alzó con asombro sus venerables cejas.

—Desde que estás en la goleta del señor Turlington, querida, no haces otra cosa que romper tus vestidos. ¡Es increíble! No he roto ninguno de los míos en toda la travesía.

El color moreno de Natalie se acentuó. La joven se echó a reír, algo intranquila:

—Soy tan descuidada cuando estoy a bordo, —respondió y se encerró en su camarote.

Richard Turlington sacó su caja de habanos:

—Este es el momento para el mejor cigarro del día —dijo a Sir Joseph—, el cigarro después del desayuno. Subamos a cubierta.

—¿Nos acompaña, Launce? —preguntó Sir Joseph.

—Denme media hora para ver primero mis libros —respondió éste—. No puedo permitir que mis conocimientos médicos se enmohezcan en el mar, y tal vez más tarde no me sienta con deseos de estudiar.

—Tienes razón, mi querido muchacho, tienes razón.

Sir Joseph, aprobatorio, le dio una palmadita en el hombro. Launce, por su parte, dio media vuelta y fue a encerrarse en su camarote.

Los otros tres, juntos, subieron a cubierta.

2. La despensa

Las personas de hígado lento y tierno corazón tienen dos grandes inconvenientes para disfrutar de una travesía marítima: resulta excesivamente difícil realizar suficientes caminatas a modo de ejercicio, y es casi imposible (cuando el secreto es necesario) dedicarse al amor sin ser descubierto. Refiriéndonos por el momento sólo a esta última dificultad, se puede decir que la vida dentro de los estrechos y populosos límites de una embarcación se puede definir, en rasgos generales, como una vida en público. Desde por la mañana hasta por la noche, dondequiera que vaya, estás en el camino de tu vecino y éste, a su vez, en el tuyo. Como resultado inevitable de estas condiciones, es rarísimo el caso de un hombre que se las ingenie para robar un beso en el mar sin que lo descubran. Innata capacidad para estratagemas de la mayor finura; inagotable fuente de inventivas; paciencia capaz de prosperar en medio de pruebas sobrehumanas; presencia de espíritu que sabe mantener victorioso su equilibrio en cualquier situación posible de emergencia, estas son algunas de las cualidades que han de acompañar al Amor en una travesía marítima, cuando se embarca en calidad de mercancía de contrabando, sin estar debidamente registrada en los documentos de la embarcación.

Natalie y Launce, que habían creado un código de señales que les permitía comunicarse en privado en medio de ojos y oídos abiertos alrededor de ellos, tuvieron que enfrentarse a una dificultad más seria, la de encontrar una manera de verse a solas a bordo de la goleta sin que nadie se enterara. Sin ser poseedor de ninguna de las mencionadas cualidades que debe tener un cumplido enamorado en el mar, Launce dio prueba de ser inigualable para luchar con los obstáculos que se le presentaban. A su vez Natalie, con ayuda de recursos inventivos propios, sugirió que Launce pretextara sus estudios médicos como excusa incontestable para encerrarse a veces en lugares inferiores del barco, y más tarde dio con la feliz idea de romper los dobladillos de sus faldas y condenarse así a corregir sus propios descuidos, causa esta perfectamente suficiente para someterse ella, por su parte, a similares actos de autoencierro. De esta manera, mientras las inocentes autoridades estaban en cubierta, los enamorados se las ingeniaban para verse en privado en el territorio neutral del camarote principal; y allí, tal y como lo habían acordado en la mesa del desayuno, iban a encontrarse ahora.

Como siempre en tales ocasiones, la puerta de Natalie fue la primera en abrirse, por la importante razón de que, en caso de accidente, su rapidez era de lo que todo dependía.

Natalie miró por la claraboya. Allí, sobre la cubierta, a sotavento, estacionarias, se veían las piernas de los dos caballeros y las faldas de su tía. Dio unos pasos y escuchó. Allá arriba, en el rumor de las voces, hubo una pausa. Volvió a mirar hacia

allá. Un par de piernas, que no eran las de su padre, habían desaparecido. Sin un instante de vacilación, Natalie se lanzó hacia su propia puerta, justo a tiempo para escapar de Richard Turlington quien descendía por la escalera. Todo cuanto hizo fue acercarse a uno de los cajones debajo del librero del salón-comedor y sacar un mapa, para ascender de nuevo a cubierta. Sin embargo, la culpable conciencia de Natalie la indujo a pensar de inmediato que Richard sospechaba de ella. Cuando se asomó por segunda vez, en vez de aventurarse a entrar en el salón, llamó en un susurro:

—¡Launce!

Éste apareció en su puerta. Antes de cruzar el umbral, se aseguró echando una rápida ojeada a ambos lados.

—¡No des un paso! ¡Richard estuvo aquí abajo en el salón! ¡Richard sospecha de nosotros!

—¡Tonterías! Sal.

—No lo haré por nada del mundo, a no ser que encuentres algún otro lugar que no sea el salón.

¿Algún otro lugar? ¡Qué fácil hubiera sido encontrarlo en tierra firme! ¡Qué difícil, a todas luces, resulta encontrarlo en el mar! Estaba el castillo de proa (lleno hombres) en un extremo del barco. Estaba el pañol de velas (lleno de velas) en el otro. Estaba el camarote para damas (que se utilizaba como vestidor de señoras y, como tal, inaccesible para todo ser humano de género masculino). ¿Había algún espacio cerrado disponible que se pudiera encontrar dentro de los confines del barco? Existía, por un lado, el lugar donde dormían el contraamaestre y su ayudante (imposibles de utilizar), y por el otro, la despensa del sobrecargo. Launce meditó por un instante. ¡La despensa del sobrecargo era el lugar!

—¿A dónde vas? —preguntó Natalie cuando su enamorado se dirigió hacia una puerta cerrada que había en el extremo inferior del salón-comedor.

—A hablarle al sobrecargo, cariño. Espera un momento, que volveré en seguida.

Launce abrió la puerta de la despensa y vio no al sobrecargo, sino a su esposa, que a bordo de la goleta se desempeñaba como camarera. En este caso era un suceso afortunado. Puesto que tanto el sobrecargo como su esposa lo habían sorprendido varias veces robando besos a bordo del barco, el joven no sintió dificultad alguna al formular su petición de que se le permitiese utilizar la despensa aludiendo con la mayor franqueza a sus relaciones con Natalie. Después de haber garantizado su complicidad con el sabio uso de persuasión pecuniaria, Launce pudo contar con el silencio de las compasivas autoridades de esta parte de la embarcación. De los dos, la camarera, como mujer, era más propensa a prestar oídos a las súplicas de Launce en su actual emergencia.

Luego de un débil conato de resistencia, consintió no sólo en abandonar la despensa, sino también en mantener a su esposo a distancia, siempre y cuando la

ocupación no fuese a durar más de diez minutos. Launce hizo una seña a Natalie desde una puerta, mientras la camarera salía por la otra. Un instante más, y los enamorados estaban a solas a puertas cerradas. ¿Es necesario precisar a qué clase de lenguaje recurrieron? ¡Seguramente no! Existe un lenguaje inefable de labios del que todos nos aprovechamos en tales ocasiones, aunque a veces lo olvidamos en nuestra vida posterior. Natalie se sentó sobre un baúl. El té, el azúcar y las especias se hallaban a sus espaldas, una banda de tocino le colgaba sobre la cabeza y una red llena de limones oscilaba delante de su rostro. Podía no ser muy espacioso, pero era acogedor y cómodo.

—¿Y si llaman al sobrecargo? —inquirió—. ¡No, Launce, estate quieto!

—No importa. Aunque lo hagan, estamos seguros. El sobrecargo sólo tiene que dejarse ver en cubierta, y no sospecharán nada.

—¡Calla, Launce! Tengo noticias terribles que darte. Y, a propósito, mi tía espera verme con mi dobladillo remendado.

Había traído consigo aguja e hilo. Alzó el ruedo de su vestido sobre una rodilla, se inclinó y, con toda dedicación, se puso a reparar el desgarrón en el dobladillo. En esta posición, su ágil figura exhibía todo el encanto de su firme y a la vez esbelto contorno. La aguja, en sus hábiles dedos morenos, volaba sobre la labor. El baúl era amplio; Launce se las ingenió para sentarse parcialmente detrás de ella. En esta postura, ¿quién hubiera podido resistir la tentación de levantar el enorme nudo de los negros cabellos, trenzados al descuido, y exponer a la vista la tibia y morena piel del cuello? ¿Quién, al verlo, hubiera dejado de vilipendiar la absurda moda actual de peinado que oculta la doble belleza de forma y color del dorso del cuello femenino? De vez en cuando, mientras la conversación proseguía, los labios de Launce enfatizaban sus palabras más importantes directamente sobre la suave y fragante superficie de la piel que el cabello levantado le dejaba ver a intervalos. Usted, señor, en la situación de Launce, hubiera hecho lo mismo.

—Ahora, Natalie, ¿cuál es la noticia?

—Habló con papá, Launce.

—¿Richard Turlington?

—Sí.

—¡Maldito sea!

Natalie dio un respingo. Una maldición proferida tras tu cuello y seguida de una bendición en forma de beso, es algo que te sobresalta cuando no estás preparada para esto.

—¡No lo vuelvas a hacer, Launce! Sucedió mientras estabas fumando en cubierta y yo, supuestamente, hacía mucho que dormía. Abrí el respiradero de la puerta de mi camarote, cariño, y escuché cada palabra que dijeron. Esperé que mi tía se fuera y, cuando tuvo a mi papá por completo a su disposición, se le dirigió con esa voz tan

horrible, tan estridente que tiene: «Graybrooke, ¿cuánto tiempo más tengo que esperar?»

—¿Dijo esto?

—¡No más maldiciones, Launce! Estas fueron sus palabras. Papá no las comprendió. Sólo atinó a decir, pobrecito: «Por mi alma, Richard, ¿qué quiere decir?» Richard se lo explicó en seguida. ¿Por quién más podía estar esperando si no era por mí? Papá dijo algo de que yo era demasiado joven. Richard lo hizo enmudecer de una manera muy directa. «Las chicas son como frutas. Algunas maduran temprano, y otras tarde; unas son mujeres a los veinte, y otras a los dieciséis.» Era imposible mirarme y no darse cuenta de que yo era, después de dos meses en el mar, como un ser totalmente nuevo. Y así siguió hablando y hablando. Papá se portó como un ángel. Hizo lo posible para quitárselo de encima. «Aún tenemos mucho tiempo, Richard, mucho tiempo.» El muy sinvergüenza le respondió: «Sí, mucho tiempo para ella, pero no para mí. Piense en todo lo que tengo para ofrecerle», ¡cómo si me importara su dinero! «Piense en todo el tiempo que estuve viéndola crecer para que fuera mi esposa.» Crecer para él, ¡monstruo! «¡Y no me deje en este estado de incertidumbre que, para un hombre de mi posición, resulta cada vez más difícil de soportar!» Estaba de veras elocuente. Su voz temblaba. No hay duda alguna, querido, de que está muy, muy enamorado de mí.

—¿Y tú te sientes halagada por esto, verdad?

—No digas tonterías. Sí puedo decirte que me hace sentirme un poco asustada.

—¿Asustada? ¿Lo observaste esta mañana?

—¿Yo? ¿Cuándo?

—Cuando tu padre estaba contando la historia del hombre en el mar.

—No. ¿Qué hizo? Dímelo, Launce.

—Te lo diré sin ambages. ¿Cómo terminó todo anoche? ¿Le hizo tu padre alguna promesa?

—Ya sabes cómo es Richard; no le dejó otra opción. Papá tuvo que prometer antes de que lo dejara libre para ir a acostarse.

—¿Prometió a Turlington que te casaría con él?

—Sí; la semana siguiente a mi próximo cumpleaños.

—¿La semana siguiente a la próxima Navidad?

—Sí. Papá hablará conmigo en cuanto estemos de nuevo en casa, y mi vida de casada empezará con el Año Nuevo.

—¿Hablas en serio, Natalie? ¿Quieres decirme de veras que las cosas han ido tan lejos?

—Lo han acordado todo. La espléndida posición que vamos a tener, los enormes ingresos de que disfrutaremos. Oí que papá le decía que la mitad de su fortuna pasará a mí en el día de mi boda. Daba nauseas oírlos hablar tanto del dinero y tan poco del

amor. ¿Qué debo hacer, Launce?

—Esto es fácil de responder, querida. Ante todo, debes estar resuelta a no casarte con Richard Turlington.

—Sé razonable. Sabes que he hecho todo cuanto pude. Dije a papá que podía pensar en Richard como amigo, pero no como esposo. Sólo se ríe de mí y me dice: «Espera un poco, ya cambiarás de opinión, hijita». Ya ves que Richard lo es todo para él. Richard ha administrado siempre sus asuntos y lo salvó de las pérdidas debidas a malas especulaciones. Richard me conoce desde que era una niña. Richard posee un floreciente negocio y grandes cantidades de dinero. Papá ni siquiera puede imaginar que yo pueda resistirme ante Richard. Hice un intento con mi tía; le dije que Richard es demasiado mayor para mí. Todo cuanto me respondió fue: «Mira a tu padre; era mucho mayor que tu madre, y qué matrimonio tan feliz fue el suyo.» Incluso aun cuando lo dijera con todas estas palabras: «No me casaré con Richard Turlington», ¿de qué provecho sería esto para nosotros? Papá es el mejor y el más adorable anciano en el mundo; pero, por desgracia, ¡ama tanto el dinero! No cree en nada más. Se pondría furioso, sí, con todo lo bueno que es, se pondría furioso, si yo siquiera insinuara que estoy enamorada de ti. Cualquier hombre que me propusiera matrimonio, de no poseer una fortuna que pudiera compararse con la que yo le aportaría, no sería a sus ojos otra cosa que un lunático. Ni siquiera creería necesario responderle; tocaría el timbre y lo pondría de patitas en la calle. No estoy exagerando, Launce. Sabes que estoy diciendo la verdad. Por lo que puedo ver, a ti y a mí ya no nos queda ninguna esperanza.

—¿Has terminado, Natalie? Si lo has dicho todo, yo por mi parte tengo algo que decirte.

—¿Qué es?

—Si las cosas siguen como han ido hasta ahora, ¿he de decirte cómo terminarán? Al final, serás la esposa de Turlington.

—¡Jamás!

—Esto lo dices ahora; pero no sabes lo que puede suceder entre el día de hoy y el de la Navidad. Natalie, hay un solo modo de hacer que no te cases nunca con Richard. Cásate conmigo.

—¿Sin el consentimiento de papá?

—Sin decir una sola palabra a nadie hasta que todo sea un hecho consumado.

—¡Oh, Launce, Launce!

—Mi amor, cada palabra que me has dicho confirma que no tenemos otra salida. Piénsalo, Natalie, piénsalo.

Hubo una pausa. Natalie dejó caer su aguja e hilo y hundió el rostro entre las manos.

—Si mi pobre madre estuviera viva —dijo—, si yo tuviera una hermana mayor

que pudiera aconsejarme y que se pusiera de mi parte...

Era evidente que vacilaba. Launce, como hombre que era, tomó ventaja de su indecisión. La presionó sin darle tregua.

—¿Me amas? —susurró, con sus labios junto al oído de la muchacha.

—Ya sabes que sí, mi amor.

—Procura que Richard no tenga poder para separarnos, Natalie.

—¿Separarnos? Somos primos; nos conocemos desde que éramos niños. Incluso si se propusiera separarnos, papá no se lo permitiría.

—Pon atención a lo que te digo. Lo intentaré. En cuanto a tu padre, Richard sólo tiene que levantar un dedo para que tu padre le obedezca. Mi amor, la felicidad de nuestras vidas está en juego. —La rodeó con un brazo y, con cariño, la hizo apoyar la cabeza en su pecho—. Otras muchachas lo han hecho, mi amor. ¿Por qué no podrías hacerlo tú?

El esfuerzo por responderle fue excesivo para ella. Se rindió. Un suspiro inaudible se escapó de sus labios. Se le recostó más y cerró los ojos. En el próximo instante, se sobresaltó temblando de pies a cabeza y miró por la claraboya. La voz de Richard Turlington resonó de pronto en cubierta, exactamente encima de ellos.

—Graybrooke, quiero decirle algo sobre Launcelot Linzie.

El primer impulso de Natalie fue el de lanzarse hacia la puerta. Al escuchar el nombre de Launce en boca de Richard, se contuvo. Algo en el tono de su voz suscitó la curiosidad de la muchacha, que la hizo sobreponerse al temor. Esperó, con una mano entre las de Launce.

—Si recuerda —prosiguió la estridente voz—, dudé de la sabiduría de que nos acompañara en el crucero. Usted no estuvo de acuerdo conmigo y, a sus instancias, accedí. Hice mal. Launcelot Linzie es un joven muy presuntuoso.

La suave risa de Sir Joseph acompañó su respuesta:

—¡Pero Richard! ¿No es usted demasiado severo con Launce?

—No es usted un hombre observador, Graybrooke. Yo sí lo soy. Veo síntomas de su presunción con todos nosotros, sobre todo con Natalie. No me gusta la manera con que le habla y la mira. Es indebidamente familiar; confidencial hasta lo insolente. Es preciso ponerle fin. En mi posición, mis sentimientos deben respetarse. Le exijo que, una vez en tierra, ponga fin a esa intimidad.

Las palabras siguientes de Sir Joseph fueron más serias y manifestaron su sorpresa:

—Pero mi querido Richard, son primos, han sido compañeros de juegos desde la infancia. ¿Cómo puede usted conceder la menor importancia a cualquier cosa dicha o hecha por el pobre Launce?

Hubo un bondadoso desprecio en la alusión de Sir Joseph al «pobre Launce» que crispó los nervios de su hija. Fue como si aludiera a un inofensivo animalito

doméstico. El color de Natalie se volvió más intenso. Presionó la mano de Launce con suavidad.

Turlington siguió insistiendo.

—Debo pedirle una vez más, pedirselo en serio, que termine con esta creciente intimidación. No tengo nada en contra de que lo invite a su casa cuando invite a otros amigos. Sólo quisiera que usted, y espero que así lo haga, ponga fin a ese «caer por ahí», como se llama, a cualquier hora del día o de la noche, cuando nada puede tener que hacer. ¿Queda esto bien entendido entre nosotros?

—Si tanto le importa, Richard, claro que queda bien entendido.

Cuando el débil Sir Joseph consintió en estos términos, Launce miró a Natalie.

—¿Qué fue lo que te dije? —susurró.

Natalie, en silencio, bajó la cabeza. Hubo una pausa en cubierta. Los dos caballeros se alejaron lentamente hacia la parte delantera de la embarcación.

Launce aprovecho la ventaja.

—Tu padre no nos deja otra alternativa —insistió—. En cuanto estemos en tierra, la puerta de tu casa se me cerrará. Si te pierdo, Natalie, ya no me importa qué será de mí. Mi profesión puede irse al demonio. Nada tengo por lo que valga la pena vivir.

—Calla, calla, ¡no hables así!

Launce intentó una vez más la tranquilizadora influencia de la persuasión.

—Cientos y cientos de personas en nuestra situación se han casado en secreto, y luego se les ha perdonado. No te pido que hagas nada con apresuramiento. Me guiaré en todo por tus deseos. Todo lo que quiero para acallar mi mente es saber que eres mía. Anda, anda, hazme sentir seguro de que Richard Turlington no te me arrebatará.

—No me presiones, Launce —Natalie se dejó caer de nuevo sobre el baúl—. ¡Mira! Sólo el pensarlo me hace temblar.

—¿A quién le tienes miedo, mi amor? ¿No a tu padre, seguramente?

—¡Pobre papá! Me pregunto si sería severo conmigo por primera vez en la vida. —Se detuvo y elevó hacia Launce la implorante mirada de sus húmedos ojos—. ¡No me presiones! —repitió débilmente—. Sabes que es incorrecto. Debimos haberlo confesado, y ¿qué sucedería entonces? —Hizo una nueva pausa. Sus ojos vagaban, nerviosos, en dirección de la cubierta. Su voz se hizo apenas audible—. ¡Piensa en Richard! —dijo, y se estremeció del terror que le inspiraba este nombre. Antes de que fuese posible decirle alguna palabra tranquilizadora, ya estaba de pie. El nombre de Richard le trajo a la mente de pronto la misteriosa alusión que Launce, al comienzo de la entrevista, había hecho al respecto del dueño de la goleta—. ¿Qué fue lo que me has dicho sobre Richard? —preguntó—. Viste u oíste algo extraño mientras papá contaba su historia. ¿Qué fue?

—Observé el rostro de Richard, Natalie, cuando tu padre nos dijo que el hombre en el mar no pertenecía a la tripulación de la embarcación del práctico. Se volvió

mortalmente pálido. Parecía culpable...

—¿Culpable? ¿De qué?

—Estuvo presente, estoy seguro de esto, cuando al marinero lo lanzaron al mar. Por todo cuanto sé, puede haber sido él quien lo hizo.

Natalie retrocedió, horrorizada.

—¡Oh, Launce, Launce, esto es demasiado malo! Richard puede caerte antipático, puedes tratarlo como tu enemigo. Pero decir sobre él algo tan horrible, esto no es generoso. Es indigno de ti.

—Si lo hubieras visto, lo habrías dicho también. Me dispongo a hacer averiguaciones, tanto en los intereses de tu padre como en los nuestros. Mi hermano conoce a uno de los comisarios de la Policía y puede hacer que se haga por mí. Turlington no ha estado siempre en el comercio con el Levante, esto ya lo sé.

—¡Qué vergüenza, Launce, qué vergüenza!

Los pasos sobre la cubierta se volvieron a hacer audibles. Retornaban. Natalie se lanzó hacia la puerta que conducía al salón. Launce la detuvo cuando ya tenía una mano sobre el picaporte. Los pasos se encaminaban directamente hacia la popa. Launce la rodeó con ambos brazos. Natalie le dejó hacer.

—¡No me llesves a la desesperación! —exclamó el joven—. Esta es mi última oportunidad. No te pido que me digas ahora mismo que te vas a casar conmigo, sólo te pido que lo pienses. ¡Mi querida! ¡Mi ángel! ¿Lo pensarás?

Cuando Launce lo estaba preguntando, si ambos no hubieran estado tan por completo absortos uno en el otro, habrían podido percibir los pasos que regresaban, esta vez los pasos de una sola persona. La prolongada ausencia de Natalie había empezado a asombrar a su tía, y despertó cierta vaga desconfianza en la mente de Richard. Volvió a recorrer la cubierta, ahora solo, y echó una distraída mirada, de paso, al salón-comedor. La claraboya de la despensa se hallaba al lado. En su actual estado anímico, ¿no iba a echarle, también de paso, una mirada?

—¡Suéltame! —dijo Natalie.

—Dime que sí —respondió Launce y la apretó como si se dispusiera a no soltarla nunca más.

En el mismo instante, en cubierta, resonó la aguda voz de la señorita Lavinia, llamando a Natalie. Sólo había un modo de hacer que Launce la soltara.

—Lo pensaré —dijo. Entonces le dio un beso y la dejó ir.

La puerta acababa de cerrarse tras la muchacha, cuando el rostro de Richard Turlington, que se había agachado, apareció en la claraboya y miró hacia abajo, al interior de la despensa y a Launce.

—¡Hola! —profirió con brusquedad—. ¿Qué hace usted en el lugar del sobrecargo?

Launce tomó una caja de cerillas del baúl.

—Vengo a buscar fuego —respondió en seguida.

—No dejes que nadie esté aquí abajo, fuera del salón principal, sin mi permiso. El sobrecargo ha cometido una falta de disciplina a bordo de mi embarcación. El sobrecargo tendrá que abandonar mi servicio.

—El sobrecargo no tiene la culpa.

—Esto lo juzgo yo, y no usted.

Launce abrió la boca para contestar. Un estallido entre los dos hombres parecía inevitable, cuando el contraamaestre del yate se acercó a su empleador sobre la cubierta y llamó la atención de Turlington hacia algo que, en el mar, nunca pierde su importancia: la cuestión del viento y la marea. La goleta se hallaba entonces en el canal de Bristol, a la entrada de la bahía de Bideford. La brisa, cada vez más fresca, variaba también con frecuencia su dirección. Apenas le quedaban tres horas para aprovechar la marea.

—El viento cambia, señor —dijo el contraamaestre—. Temo que no podamos desplazarnos con esta marea alta si no hacemos virar la goleta en el sentido contrario.

Turlington sacudió la cabeza.

—Unas cartas me están esperando en Bideford —dijo—. Hemos perdido dos días a causa de la calma. Tengo que enviar un bote de remos a tierra, a la oficina de correos, independientemente de si perdemos o no la marea.

La embarcación siguió su rumbo. Frente al puerto de Bideford, un bote de remos fue enviado a la oficina de correos, la goleta se detuvo esperando la aparición de las cartas. En el plazo más breve posible, éstas llegaron a bordo, a manos de Turlington.

Los hombres estaban subiendo y amarrando el bote, la goleta ya se dirigía más afuera, cuando Turlington dejó a todos paralizados de asombro con esta inesperada palabra:

—¡Parad!

Había dejado todas sus cartas, sin leerlas, en el bolsillo de su chaqueta de marino; la única carta abierta era la que ahora sostenía en la mano. Sus ojos reflejaban rabia, los pálidos labios, consternación.

—¡Bajad el bote! —gritó—. Tengo que ir a Londres esta noche. —Detuvo a Sir Joseph y le dijo sin ambages—: No hay tiempo para preguntas y respuestas. Tengo que regresar. —Se descolgó por la borda de la goleta y, desde el bote, se dirigió al contraamaestre—: Aproveche la marea si puede. Si no puede, desembáruelos mañana en Minehead o en Watchet, donde mejor les parezca. —Hizo un seña a Sir Joseph para que se inclinara sobre el macarrón y así poder decirle algo en privado—: ¡Recuerde lo que le dije sobre Launcelot Linzie! —susurró con furia. Su última mirada fue para Natalie. Le habló haciendo un gran esfuerzo por dominarse, lo más gentilmente que pudo—: No se alarme. La veré en Londres.

Se sentó en el bote y tomó el timón. Las últimas palabras que lo oyeron decir

urgían a los hombres a no perder tiempo. Era siempre brutal con sus hombres.

—¡Remad, vagos mendigos! —exclamó con una maldición—. ¡Remad por sus vidas!

3. El Mercado Monetario

Os pido seriedad: ¡se trata de negocios!

La nueva escena nos sumerge de cabeza en los asuntos de la casa Pizzituti, Turlington & Branca, dedicada al comercio con el Levante. ¿Qué sabemos sobre el comercio con el Levante? ¡Valor! Si algún día hemos tenido una idea de lo que es desear tener dinero, ya esto, para comenzar, nos familiariza perfectamente con el asunto. El comercio con el Levante tiene a veces sus dificultades. Turlington deseaba dinero.

La carta que se le había entregado a bordo de la goleta era de su tercer socio, el señor Branca, y estaba concebida en los siguientes términos:

«Una crisis en el comercio. Hasta ahora todo va bien con excepción de nuestro negocio con las pequeñas firmas extranjeras. Tenemos cuentas que saldar de esas dependencias y, me temo, no hay envíos para cubrirlas. Los pormenores se detallan en otra carta dirigida a usted a la oficina de correos en Ilfracombe. Me siento enfermo de ansiedad y guardo cama. Pizzituti todavía se encuentra retenido en Esmirna. Regrese de inmediato.»

Al anoecer, Turlington ya se encontraba en su oficina en Austin Friars analizando el estado de los asuntos con ayuda de su oficinista principal.

Para decirlo en pocas palabras, el negocio de la firma era sumamente diversificado. Abarcaba un comercio rápido en una vasta gama de mercancías. No desdeñaban nada, desde manufacturas tejidos de algodón de Manchester hasta higos de Esmirna. Tenían casas sucursales en Alejandría y en Odessa, y relaciones de comercio aquí, allá y en todas partes, a lo largo de las costas del Mediterráneo, y en los puertos del Oriente. Estas relaciones o socios comerciales eran las personas a que se hacía referencia en la carta del señor Branca «pequeñas firmas extranjeras»; y eran ellas las que habían producido la seria crisis financiera en los negocios de la importante casa en Austin Friars, tan seria que Turlington se apresuró a regresar a Londres.

Cada una de estas pequeñas firmas reclamaron y recibieron el privilegio de extender facturas contra Pizzituti, Turlington & Branca por cantidades que variaban desde cuatro hasta seis mil libras, sobre la base de ninguna garantía mejor que un entendimiento verbal que el dinero para pagar las facturas se remitirá antes de que vencieran. Es inútil decir que la competencia se hallaba en el fondo de este sistema de comerciar sumamente imprudente. Las firmas locales tenían por regla que declinarían hacer transacciones comerciales con ninguna casa comercial que se negara a concederles su privilegio. Con la facilidad que les brindaba la casa de Turlington, los

comerciantes extranjeros habían confeccionado sus facturas contra él por sumas grandes en general, aunque no grandes por sí mismas; habían convertido desde hacía mucho tiempo esas facturas en efectivo en sus propios mercados, para sus propias necesidades, y habían dejado ahora que el dinero que sus facturas representaban fuera pagado por sus socios comerciales en Londres cuando llegaran a su vencimiento. En algunos casos no habían enviado nada que no fueran más que promesas y excusas. En otros, enviaron pagarés de firmas que ya se habían arruinado o que estaban a punto de arruinarse; en crisis. Después de haber agotado sus recursos en dinero a mano, el señor Branca había logrado satisfacer las más apremiantes necesidades al comprometer el crédito de la casa, hasta donde esto le fue posible sin suscitar sospechas sobre la verdad. Hecho esto, entre ese momento y las Navidades, quedaban tan sólo obligaciones que satisfacer que ascendían a cuarenta mil libras, sin un penique en mano para pagar esa formidable deuda.

Después de trabajar toda la noche, esta fue la conclusión a que llegó Richard Turlington, cuando el sol naciente lo sorprendió a través de las ventanas de su despacho privado.

Sintió de pronto todo el peso del golpe que había recibido. La participación de sus socios en el negocio era de la naturaleza más significativa. El capital era suyo, y también lo era el riesgo. De manera personal y privada, tenía que encontrar el dinero o afrontar la única alternativa: la ruina. ¿Cómo se podría hallar el dinero?

Con su posición en la City, sólo tenía que acudir a la casa de préstamos de Bulpit Brothers, famosa por tener una transacción total de millones todos los años en su negocio, y hacerse allí, de inmediato, con los fondos necesarios. Cuarenta mil libras, para Bulpit Brothers, era una transacción irrisoria.

Una vez conseguido el dinero, ¿cómo, en la presente situación de sus negocios, podría devolver el empréstito? Sus pensamientos volvieron a su matrimonio con Natalie.

«¡Curioso!», se dijo al recordar la conversación con Sir Joseph a bordo de la goleta. «Graybrooke me ha dicho que daría a su hija, al casarse, la mitad de su fortuna. ¡Da la casualidad que la mitad de la fortuna de Graybrooke son precisamente cuarenta mil libras!» Dio una vuelta por la habitación. ¡No! No era posible recurrir a Sir Joseph. Una sola sacudida a la convicción de Sir Joseph acerca de su solidez comercial, y el matrimonio se vería, con toda seguridad, aplazado, si no descartado por completo. En la actual contingencia, sólo había una manera de disponer de la fortuna de Sir Joseph, y era la de usarla para pagar la deuda. Sólo tenía que hacer que la fecha del vencimiento del empréstito coincidiera con la del matrimonio, y el dinero de su suegro estaría a su disposición, o a la disposición de su esposa, que era lo mismo. «¡Menos mal que presioné a Graybrooke con el matrimonio en el momento en que lo hice!» —pensó—. «Puedo pedir prestado el dinero a un corto plazo. Dentro

de tres meses Natalie será mi esposa.»

Se dirigió a su club para desayunar, con la mente más despejada, en cuanto a todas las preocupaciones, excepto una. Aunque conocía dónde podía conseguir el empréstito, no estaba igualmente seguro en cuanto a poder encontrar la garantía sobre la cual pudiera pedir prestado el dinero. Él, que vivía de sus ingresos, que no esperaba nada de ningún ser viviente, que poseía sólo unos treinta o cuarenta acres de tierras en Somersetshire, con un casa muy pequeña, medio granja y medio cabaña, era incapaz de proveer la necesaria garantía a base de sus propios recursos. Recurrir a amigos ricos en la City significaría revelarles el secreto de sus dificultades y poner en peligro su crédito. Acabó su desayuno y regresó a Austin Friars, completamente en ascuas en cuanto a cómo eliminar el último obstáculo que quedaba en su camino.

Las puertas estaban abiertas al público; los negocios habían comenzado. No permaneció ni diez minutos en su oficina cuando un dependiente encargado de embarque de mercancías tocó en la puerta e interrumpió los ansiosos pensamientos que lo tenían absorto.

—¿Qué es? —preguntó, irritado.

—Duplicados de conocimientos de embarque, señor —respondió el empleado y colocó los documentos sobre el escritorio.

¡La solución! ¡Esta era la garantía, que lo miraba a la cara desde la superficie de su mesa de trabajo! Despidió al empleado y examinó los documentos.

Contenían una relación de mercancías expedidas a la casa de Londres a bordo de embarcaciones procedentes de Esmirna y Odessa, y estaban firmados por los capitanes de los barcos, quienes por ese medio reconocían el recibo de las mercancías y se comprometían a entregarlas con seguridad a las personas que eran sus poseedoras, tal y como se había ordenado. Los originales de estos documentos ya estaban en posesión de la casa de Londres. Ahora los seguían los duplicados, por si sobrevenía algún accidente. Richard Turlington determinó al instante hacer que los duplicados le sirvieran de garantía y conservar los originales bajo llave, para utilizarlos a fin de posesionarse de las mercancías en el momento debido. El fraude era un fraude sólo en apariencia. La garantía era pura formalidad. Su matrimonio le proporcionaría los fondos necesarios para devolver el dinero, y la ganancia de su negocio le permitiría, con el tiempo, reponer la dote de su esposa. Se trataba tan sólo de preservar su crédito por medios que, legítimamente, estaban a su alcance. Dentro de los flexibles límites de la moralidad mercantil, Richard Turlington no carecía de conciencia. Se puso el sombrero y llevó su falsa garantía a los prestamistas, sin sentirse en lo más mínimo rebajado en su propia autoestima como hombre honrado.

Bulpit Brothers, deseosa desde hacía mucho tiempo de tener en sus libros un nombre como el suyo, lo recibió con los brazos abiertos. La garantía (que cubría el monto del préstamo) fue aceptada de la manera más natural. De un plumazo se le

prestó el dinero por tres meses. Turlington volvió a salir a la calle y enfrentó la City londinense como personaje de la labor más noble del oficio mercantil: un hombre solvente^[1].

El Diablo, que seguía los pasos de Richard Turlington, invisible en su sombra, batió triunfalmente sus maltrechas alas. Desde ese momento, el hombre le pertenecía.

4. Muswell Hill

Al día siguiente, Turlington se dirigió a las afueras de la ciudad, esperando encontrar a los Graybrooke en casa. Londres desagradaba a Sir Joseph, quien no podía obligarse a sí mismo a vivir en un lugar más cercano a la capital que Muswell Hill. Cuando Natalie deseaba un cambio y añoraba teatros, bailes, exposiciones florales, y otras cosas por el estilo, tenía una habitación reservada especialmente para ella en la casa de la hermana casada de Sir Joseph, la señora Sancroft, que vivía en las honduras de ese torbellino central de la moda, conocido por los mortales como Berkeley Square.

Mientras recorría las calles, Turlington encontró una prueba patente de que los Graybrooke ya debían de haber regresado. Se le adelantó Launce, quien viajaba en un coche de alquiler en compañía de otro caballero. El caballero era el hermano de Launce, y ambos se dirigían a la Comisaría de la Policía para hacer las disposiciones necesarias a fin de instituir una investigación sobre la vida anterior de Turlington.

Al llegar a la portería de la casa de campo, la información que recibió Turlington satisfizo sólo en parte sus esperanzas. La familia había regresado la noche anterior. Sir Joseph y su hermana estaban en casa, pero Natalie ya había vuelto a salir. Se había dirigido a la ciudad para almorzar con su tía. Turlington entró en la casa.

—¿Ha perdido usted algún dinero? —estas fueron las primeras palabras que Sir Joseph dirigió a Richard al encontrarse con él por primera vez después de la despedida a bordo de la goleta.

—Ni un centavo. Hubiera tenido serias pérdidas de no haber regresado a tiempo para arreglar las cosas. Una estupidez por parte de mis empleados que había dejado a cargo de las cosas, nada más. Ahora ya todo está bien.

Sir Joseph alzó la mirada al techo, con la más cordial devoción.

—¡Gracias a Dios, Richard! —dijo en un tono que expresaba el más profundo sentimiento. Tocó la campanilla—. Diga a la señorita Graybrooke que el señor Turlington está aquí. —Se volvió de nuevo hacia Richard:

—Lavinia es igual que yo. Lavinia estaba muy preocupada por usted. Ambos pasamos toda la noche sin dormir.

La señorita Lavinia entró en la habitación. Sir Joseph se apresuró hacia ella y le tomó con afecto ambas manos.

—¡Querida mía! ¡La mejor de las noticias: Richard no ha perdido ni un penique!

La señorita Lavinia alzó la mirada al techo con la más cordial devoción y dijo:

—¡Gracias a Dios, Richard! —como un eco de la voz de su hermano; un poco tarde, tal vez, para su reputación de eco, pero reproduciendo exactamente la mitad de la nota en su repetición perfecta del sonido.

Turlington formuló la pregunta que constituía el único objeto de su visita a

Muswell Hill:

—¿Han hablado ustedes con Natalie?

—Esta mañana —respondió Sir Joseph—. Durante el desayuno se nos ofreció una oportunidad, y me aproveché de ella. Ahora, Richard, lo voy a poner al corriente.

Se acomodó en la silla para una de sus interminables historias. Comenzó la primera frase y se detuvo, enmudecido desde la primera palabra. En su camino había un inesperado obstáculo: su hermana no lo estaba secundando; su hermana lo había silenciado desde el comienzo. Esta vez, la historia se refería a una cuestión matrimonial, y la señorita Lavinia tenía su interés femenino en rendirle a este tema la plena justicia. Se adueñó de la narración de su hermano como de algo que le pertenecía por derecho propio.

—Joseph debió haberle dicho —comenzó ella—, que nuestra querida niña estaba esta mañana en un estado de ánimo inusualmente deprimido. Una disposición muy adecuada para una seria conversación sobre su vida futura. No comió nada durante el desayuno, pobrecilla, apenas un pedacito de tostada.

—Con mermelada —dijo Sir Joseph, interviniendo en la primera oportunidad. Como en esta ocasión la historia era de la señorita Lavinia, las corteses contradicciones necesarias para su exitoso desarrollo provenían, ahora, no de la hermana, sino del hermano; eran contradicciones por parte de Sir Joseph.

—No —dijo la señorita Lavinia—, con tu permiso, Joseph, con jalea.

—Perdón —insistió Sir Joseph—, con mermelada.

—¿Qué importancia tiene, hermano?

—Hermana, el difunto gran y buen doctor Johnson dijo que la exactitud debe observarse siempre, incluso en los asuntos más nimios.

—Como quieras, Joseph. —(Esta era la fórmula similar a la que usaba Sir Joseph al decir «no insistamos en este punto» y que la señorita Lavinia utilizaba como medio para llegar a un acuerdo con su hermano y dar un nuevo impulso a la historia)—. Bien, pues después del desayuno sacamos a nuestra querida Natalie a dar un paseo con nosotros por los jardines. Mi hermano abordó el tema con infinita delicadeza y tacto. «Circunstancias —le dijo— en que no es necesario entrar, hacen muy deseable que, joven como eres, ya comiences a pensar en tu vida futura.» Y acto seguido, Richard, se refirió de una manera muy agradable a su fiel y devoto afecto...

—Perdóname, Lavinia. Comencé hablando del afecto de Richard, para pasar luego a la vida futura de Natalie.

—Perdóname, Joseph. Lograste hacerlo mucho con mucha más delicadeza que tú mismo crees. No sacaste a relucir a Richard así de pronto, de improviso.

—¡Lavinia! Comencé hablando de Richard.

—¡Joseph! Tu memoria te traiciona.

La impaciencia de Turlington se volvió irrefrenable.

—¿Cómo terminó todo? —preguntó—. ¿Le propuso usted que nos casáramos en la primera semana del Año Nuevo?

—¡Sí! —dijo la señorita Lavinia.

—¡No! —dijo Sir Joseph.

La hermana lo miró con una expresión de cariñosa sorpresa. Él le dirigió una mirada de amigable contradicción, bajando ligeramente la cabeza.

—¿Negarás, de veras, Joseph, haberle dicho a Natalie que habíamos decidido hacerlo en la primera semana del Año Nuevo?

—Niego haber dicho lo del Año Nuevo, Lavinia. Le dije que en los comienzos de enero.

—Está bien, está bien, Joseph. Estábamos paseando entre los arbustos. Yo tenía una mano de nuestra querida niña entre las mías y la sentí temblar. Se detuvo de repente. «Oh —dijo— ¡no tan pronto!» Entonces dije: «Querida mía, ¡considera a Richard!» Se volvió hacia su padre: «¡Por favor, no me presiones para hacerlo tan pronto, papá! Respeto a Richard; lo aprecio como tu verdadero y fiel amigo; pero no lo amo como debería amarlo si he de ser su esposa.» ¡Imagínese la hablando de esta manera! ¿Qué podía saber ella sobre tales cosas? Desde luego, los dos nos echamos a reír...

—Tú te reíste, Lavinia.

—Tú te reíste, Joseph.

—¡Pero prosigan, por el amor de Dios! —exclamó Turlington descargando un puñetazo sobre la mesa—. ¡No me vuelvan loco con sus contradicciones! ¿Accedió o no?

La señorita Lavinia se volvió a su hermano.

—¡Nuestras contradicciones, Joseph! —exclamó levantando las manos en un gesto de franca sorpresa.

—¡Nuestras contradicciones! —profirió Sir Joseph, igualmente asombrado—. Mi querido Richard, ¿en qué ha estado pensando? ¡Yo contradecir a mi hermana! Jamás en la vida hemos estado en desacuerdo.

—¡Yo contradecir a mi hermano! Nunca hemos reñido desde que éramos niños.

Turlington maldijo, para sus adentros, su propio carácter irritable.

—Les pido a los dos que me perdonen —dijo—, no sabía lo que estaba diciendo. Sean indulgentes conmigo. Las esperanzas de mi vida entera giran entorno a Natalie. Me acaba de decir usted, señorita Lavinia, con las propias palabras de ella, que no me ama. No pretendió usted hacerme daño, pero me ha herido en el corazón.

Esta confesión, y la mirada que la acompañó, suscitaron compasión en los dos bondadosos ancianos. Lo que quedaba de la historia se expuso de común acuerdo. Ambos dijeron palabras confortantes para disminuir la ansiedad de su querido Richard. ¡Qué poco conocía a las jovencitas! ¿Cómo podía ser tan tonto, pobrecito,

como para dar importancia en serio a lo que había dicho Natalie? ¡Cómo si una niña adolescente pudiera conocer su propio corazón! En tales casos, protestas y ruegos eran cosas normales, de costumbre. Incluso lágrimas se podían esperar, sin temor a equivocarse, cuando se trataba de una niña bien educada y sensata. Todo terminó exactamente tal y como Richard lo hubiera deseado. Sir Joseph había dicho: «Mi niña, este es un asunto de experiencia; el amor llegará cuando estén casados.» Y la señorita Lavinia agregó: «Mi querida Natalie, si pudieras recordar a tu pobre madre como yo la recuerdo, sabrías que puedes confiar en la experiencia de tu padre.» Así fue como se lo dijeron. Y ella bajó la cabeza y, tal y como se espera de todas las recatadas doncellas, les dio su callado consentimiento. «El día de la boda se ha fijado para la primera semana del Año Nuevo.» («No, no, Joseph, no el Año Nuevo, en la primera semana de enero.») «¡Y Dios lo bendiga, Richard, y haga que su vida de casado sea larga y feliz!»

¡Así la ignorancia común de la naturaleza humana y la creencia común en el sentimiento convencional contemplaban con complacencia el sacrificio de una víctima más al altar, que todo lo devora, del Matrimonio! Así Sir Joseph y su hermana proporcionaron a Launcelot Linzie el argumento que él deseaba para convencer a Natalie: «Elige entre hacer tu vida miserable si te casas con él y hacerla feliz si te casas conmigo.»

—¿Cuándo podré verla? —preguntó Turlington, con la señorita Lavinia, hecha un mar de lágrimas (dicho sea en su honor) en posesión de una de sus manos, y Sir Joseph, con lágrimas en los ojos (dicho sea en su honor) en posesión de la otra.

—Regresará para la cena, Richard, quédese a cenar con nosotros.

—Gracias, pero debo ir primero a la City. Regresaré para la cena.

Con esta promesa, los dejó.

Una hora más tarde, llegaba un telegrama de Natalie. Había accedido a no sólo almorzar, sino también cenar en Berkeley Square, dormir allí y regresaría a la mañana siguiente. Su padre, al instante, le telegrafió que regresara a Muswell Hill de inmediato, para poder encontrarse con Richard Turlington a la hora de la cena.

—Muy bien, Joseph —dijo la señorita Lavinia mirando sobre el hombro del hermano mientras escribía el texto del telegrama.

—Está dando muestras de querer coquetear con Richard —repuso Sir Joseph, con aire de un hombre que conocía a fondo la naturaleza femenina—. Mi telegrama, Lavinia, surtirá su efecto.

Sir Joseph tuvo toda la razón. Su telegrama surtió su efecto. No sólo trajo a la hija de vuelta a la hora de la cena; tuvo otro resultado que el don de profecía de Sir Joseph no había podido prever.

El telegrama llegó a Berkeley Square a las cinco de la tarde. Veamos lo que sucedió a continuación.

5. Berkeley Square

Entre las cuatro y las cinco de la tarde, cuando las mujeres occidentales están en sus carruajes y los hombres en sus clubes, Londres presenta pocos lugares más convenientemente adaptados para los propósitos de una conversación privada que el recinto del solitario jardín de una plaza.

El día en que Richard Turlington visitó Muswell Hill, dos damas (en posesión de un secreto) abrieron la cerradura de la cancela de la verja que rodeaba el jardín en Berkeley Square. Cerraron la reja después de entrar en el recinto, pero se abstuvieron de poner llave a la cerradura y, con igual cuidado, limitaron su paseo a la parte occidental del jardín. Una de ellas era Natalie Graybrooke. La otra era la hija mayor de la señora Sancroft. Un cierto interés temporal atraía la atención de la sociedad a esta joven dama. Había constituido una buena venta en el mercado matrimonial. En otras palabras, poco tiempo antes, se había elevado a la posición de la segunda esposa de Lord Winwood. Su condición de lord confirió a la joven esposa no sólo los honores del título, sino también la distinción adicional de ser la madrastra de las tres hijas solteras de su marido, todas mayores que ella. Lady Winwood era una personita menuda y agraciada. Su carácter era gallardo y decidido, en completo contraste con el de Natalie, de quien era, por esta misma razón, la mejor amiga.

—Querida, un matrimonio por conveniencia en la familia es perfectamente suficiente. Estoy decidida a que tú te cases con el hombre que amas. No me digas que te falta valor: esta excusa es despreciable. Me niego a recibirla. Natalie, los hombres tienen una frase que describe exactamente tu carácter: te faltan agallas.

El bonete de la dama que se estaba expresando en términos tan perentorios a duras penas llegaba a la altura del hombro de Natalie; ésta hubiera podido lanzar la pequeña etérea, incorpórea criatura de cabellos flotantes por encima de la verja del jardín sólo con haber aspirado una buena bocanada de aire y con haberse agachado lo suficiente. Pero ¿quién ha visto jamás a una mujer alta que tenga fuerza de voluntad? Los lánguidos ojos pardos de Natalie miraban suavemente y con tímida atención hacia abajo desde una altura de un metro setenta y dos centímetros. Los vivos ojos azules de Lady Winwood brillaban despóticos desde una elevación de un metro cincuenta y un centímetros (con zapatos de tacón).

—Estás enamorada del señor Linzie, es una buena persona. Me encanta. Eso yo no lo tuve.

—¡Louisa!

—El señor Turlington nada tiene como para hacerlo recomendable. No es un anciano caballero de buena casta y de elevada posición. Es tan sólo un odioso animal que da la casualidad que tiene dinero. Tú no te casarás con el señor Turlington. Y sí te casarás con Launcelot Linzie.

—¿Me dejarás hablar, Louisa?

—Te dejaré que me respondas, y nada más. ¿No has venido a mí llorando esta mañana? ¿No me has dicho: «¡Louisa, ellos me han condenado! Me he de casar en la primera semana del Año Nuevo. ¡Ayúdame a salir de esto, por amor de Dios!»? Me has dicho todo esto y mucho más. Y ¿qué hice al escuchar tu historia?

—Has sido tan amable...

—Amable no es la palabra adecuada. He cometido crímenes por ayudarte. He engañado a mi esposo y a mi madre. Por ayudarte he hecho que mamá invitara al señor Linzie a almorzar, ¡cómo mi amigo! Por ayudarte, hace menos de una hora, he expulsado a mi inofensivo esposo a su club. Dime, chiquilla inútil, ¿quién ha organizado una conferencia privada en la biblioteca? ¿Quién ha enviado al señor Linzie a consultar a su amigo en el Temple sobre la Ley del Matrimonio Clandestino? ¿Quién te ha aconsejado enviar un telegrama a tu casa y quedarte a dormir aquí? ¿Quién ha organizado un encuentro privado con tu joven en este detestable lugar dentro de diez minutos? ¡Lo he hecho yo! ¡Lo he hecho yo! ¡Lo he hecho yo! ¡Y todo en tus intereses! Todo para impedir que hagas lo que yo hice: casarte por complacer a tu familia en vez de complacerte a ti misma. Compréndeme, no me quejo de Lord Winwood ni de sus hijas. Él es encantador; sus hijas, con el tiempo llegaré a domarlas. Tú eres diferente. Y el señor Turlington, como ya te lo he dicho, es un bestia. Muy bien. Ahora, ¿qué es lo que tú, por tu parte, me debes? Al menos me debes el llegar a conocer tu propia mente. Porque no la conoces. Me informas tan tranquila que, al fin y al cabo, no te atreves a correr el riesgo y que, después de pensarlo, no puedes enfrentar las consecuencias. ¡Escucha lo que te voy a decir! Tú no mereces a ese buen muchacho, quien besa el suelo por donde pisas. Eres una chiquilla ingenua. ¡No creo que estés enamorada de él!

—¿Qué no estoy enamorada de él! —Natalie se detuvo y unió las manos, incapaz de hallar un lenguaje lo suficientemente fuerte para la ocasión. En el mismo instante, su oído captó el sonido de la cancela que se cerraba. Miró alrededor. Launce llegaba a la cita antes de la hora convenida. Ya estaba en el jardín y se les acercaba con pasos rápidos.

—¿Cuéntenos lo de la Ley del Matrimonio Clandestino! —dijo Lady Winwood—. Pero, señor Linzie, hablemos sentados.

Se dirigió hacia uno de los bancos del jardín e hizo que Launce tomara asiento entre ella misma y Natalie.

—Bien, señor Conspirador en jefe, ¿tiene usted la licencia? ¿No? ¿Cuesta demasiado? ¿Puedo prestarles dinero?

—En mi caso, Lady Winwood, implica perjurio —repuso Launce—. Natalie es menor de edad. Sólo puedo obtener la licencia si juro que me casaré con ella con el consentimiento de su padre. —Dirigió una mirada lastimera a Natalie—. No creo que

pudiera hacerlo —dijo en el tono de un hombre que se siente obligado de dar una excusa—. ¿O podría?

Natalie se encogió de hombros. Lady Winwood hizo lo mismo.

—En su lugar, una mujer no hubiera vacilado —manifestó Su Señoría—. Pero los hombres son tan egoístas. ¡Bien! ¿Supongo que habrá algún otro medio?

—Sí —respondió Launce—. Existe otro medio. Pero conlleva una condición tan terrible...

—¿Algo peor que perjurio, señor Linzie? ¿Asesinato?

—Se lo diré sin ambages, Lady Winwood. El matrimonio viene primero. La condición lo sigue. Debemos casarnos con amonestaciones.

—¡Amonestaciones! —exclamó Natalie—. ¡Pero las amonestaciones se proclaman públicamente en la iglesia!

—No es necesario que se proclamen en tu iglesia, so tonta —dijo Lady Winwood—. E incluso si eso fuera así, nadie va a hacerse el inteligente. ¡No puedes dejar de confiar, implícitamente, en la palabra de un clérigo inglés!

—Esto es precisamente lo que me ha dicho mi amigo —exclamó Launce—. «Alquila un alojamiento cerca de una gran iglesia parroquial, en un barrio alejado del centro de Londres —esto me lo dijo mi amigo—, ve a ver al escribano y dile que deseas casarte con amonestaciones y que perteneces a su parroquia. En cuanto a la dama, yo en tu lugar lo simplificaría. Diría que ella pertenece también a la misma parroquia. Dale una dirección y responde algunas preguntas. ¿Cómo puede saber el escribano? Tampoco estará muy deseoso de enterarse: su salario es de dieciocho peniques. El escribano recibe su ganancia de ti, una vez que te cases. La misma regla es válida en lo que se refiere al párroco. Tendrá vuestros nombres escritos en una tira de papel, con docenas de otros nombres; y los leerá todos juntos en la iglesia, en una mezcolanza incomprensible. Estarás de pie junto al altar, entre los Brown, Nokes, Styles, Jack y Gill. Todo cuanto tienes que hacer es esto, y cuidar que por algún error tu joven dama no vaya a parar junto a Jack, ni tú junto a Hill, y esto es todo, y estaréis casados con amonestaciones.» Esta es la opinión de mi amigo, dicha con sus propias palabras.

Natalie suspiró y se retorció las manos sobre el regazo.

—Jamás podríamos hacer una cosa así —dijo con desaliento.

Lady Winwood adoptó un criterio más optimista.

—No veo nada tan terrible, pero todavía no hemos oído el final. Usted nos ha mencionado una condición, señor Linzie.

—Ya voy llegando a ella, lady Winwood. ¿Suponen ustedes, naturalmente, al igual que yo lo supuse, que sólo me queda meter a Natalie en un coche y huir con ella desde la puerta de la iglesia?

—Desde luego. Y yo os tiraré un zapato viejo para la buena suerte y me iré a mi

casa.

Launce movió la cabeza con un gesto que no presagiaba nada bueno.

—¡Natalie debe regresar a su casa al igual que usted!

Lady Winwood preguntó:

—¿Es esta la condición a que se refirió usted?

—Esta es la condición. Puedo casarme con ella sin que esto implique ningún problema serio. Pero si luego me fugo con ella, y si usted me ayuda y me encubre, ambos seremos culpables de secuestro y, los dos juntos, ¡tendremos que estar de pie en el banquillo de los acusados ante el Old Bailey^[2] y responder por este delito!

Natalie, horrorizada, se paró de un salto. Lady Winwood alzó un dedo, en señal de advertencia, para que dejara que Launce prosiguiera.

—Natalie todavía no tiene dieciséis años —continuó—. Debe regresar desde la iglesia directamente a la casa de su padre, y yo debo esperar, para fugarme con ella, hasta su próximo cumpleaños. Sólo cuando tenga dieciséis años, y ni un hora antes, será libre para escapar. ¡Existe la Ley del Secuestro! Despotismo en un país libre, ¡así lo llamo!

Natalie volvió a sentarse, con aire de alivio.

—Creo que es una ley muy reconfortante —dijo—. Impide que una dé, sin pensarlo dos veces, el terrible paso de fugarse de casa. Da tiempo para reconsiderar, y para hacer planes, y para tomar una decisión. Te diré, Launce, que si me dejas persuadir a casarme contigo, la Ley del Secuestro es lo único que me inducirá a hacerlo. Deberías agradecer a la Ley en vez de renegar de ella.

Launce la escuchó sin convicción.

—Es una agradable perspectiva —dijo—, salir de la iglesia dejando a la propia esposa en la situación de una joven a punto de casarse con otro caballero.

—¿Es acaso agradable para mí —repuso Natalie—, siendo tu esposa, dejar que Richard Turlington me corteje? Jamás sería capaz de hacerlo, ¡preferiría morir!

—¡Vamos, vamos! —terció Lady Winwood—. Hablemos en serio. El cumpleaños de Natalie, señor Linzie, es el día de la próxima Navidad. Tendrá dieciséis años...

—A las siete de la mañana —dijo Launce—. Lo he sabido por Sir Joseph; a las siete y un minuto, por la hora de Greenwich, podemos irnos juntos. Me lo explicó el abogado.

—Y lo que queda por esperar desde el día de hoy hasta la Navidad no es una eternidad. Esto lo comprenden ustedes mismos, completando la lista de sus adquisiciones. ¿Pueden o no pueden ingeniárselas para allanar las dificultades que hay en el camino del matrimonio?

—Ya lo tengo todo arreglado —contestó Launce, confiado—. Ya no queda ni una sola dificultad.

Se volvió hacia Natalie, quien lo miraba con asombro, y lo explicó. Se le había

ocurrido que podía acudir —desde luego, con una bolsa entre las manos— a la esposa del sobrecargo de la goleta, que había mostrado tanto interés hacia sus asuntos. La excelente mujer se ofreció a hacer todo cuanto pudiera para ayudarle. Su esposo había obtenido, para él y para ella, colocaciones a bordo de otra goleta, y ambos estaban dispuestos a ayudar en cualquier conspiración donde su implacable ex empleador desempeñara el papel de víctima. Cuando estaban en tierra, vivían en un populoso barrio londinense, lejos del elegante distrito de Berkeley Square, y más lejos aún del respetable suburbio de Muswell Hill. Una habitación de la casa podría estar dedicada a Natalie, en el supuesto carácter de una sobrina de la esposa del sobrecargo; ésta se comprometía de responder cualesquiera preguntas puramente formales que pudieran hacer las autoridades parroquiales y estaría presente en la ceremonia matrimonial. En cuanto a Launce, no sólo nominalmente, sino de hecho, viviría en el distrito vecino; y el sobrecargo, en caso de necesidad, podría responder por él. Natalie podría llamar en ocasiones a su residencia parroquial, bajo el ala de Lady Winwood; así podría ausentarse de Muswell Hill so pretexto de una de sus acostumbradas visitas a la casa de su tía. En breve, la conspiración había tenido en cuenta todos estos detalles. Nada faltaba sino el consentimiento de la joven. Una vez en posesión de éste, Launce podría dirigirse a la iglesia parroquial y dar los pasos necesarios para el matrimonio mediante amonestaciones para el día siguiente. Este era el plan. ¿Qué opinaban de él las jóvenes?

Lady Winwood lo consideró perfecto. Natalie no fue tan fácil de contentar.

—Mi padre fue siempre tan bueno conmigo —dijo—. Algo que no puedo hacer, Launce, es disgustar a papá. Si hubiera sido duro conmigo, como algunos otros padres, no me importaría. —De repente se animó, como si hubiera visto su situación bajo una nueva luz—: ¿Por qué me apresuras? Hoy cenaré en casa de mi tía, y estarás allí. ¡Dame tiempo! Espera hasta por la noche.

Launce manifestó, de inmediato, su disgusto de tener que perder un momento más. Lady Winwood despegó los labios para apoyarlo. Ambos tuvieron que callar ante la aparición de uno de los sirvientes de la señora Sancroft que abría la cancela del jardín.

Lady Winwood se apresuró a su encuentro. Una sospecha de que el hombre era portador de malas noticias le cruzó por la mente.

—¿Qué desea? —inquirió.

—Perdón, señora, el ama de llaves me dijo que estaba usted paseando aquí con la señorita Graybrooke. Un telegrama para la señorita.

Lady Winwood tomó el telegrama de la mano del hombre, lo despidió y regresó con el papel junto a Natalie. Ésta lo abrió nerviosa. Leyó el mensaje y cambió al instante. Sus mejillas se encendieron, los ojos le relampaguearon con indignación:

—¡Al parecer, hasta papá puede ser duro conmigo cuando Richard así se lo exige!

—exclamó. Pasó el telegrama a Launce y sus ojos de repente se llenaron de lágrimas.

—Tú me amas —dijo con cariño y se detuvo—. ¡Cásate conmigo! —Agregó en un inesperado arranque de resolución—. ¡Me arriesgaré!

Mientras pronunciaba estas palabras, Lady Winwood leyó el telegrama. Decía lo siguiente: «*Sir Joseph Graybrooke, Muswell Hill, a la señorita Natalie Graybrooke, Berkeley Square. Regresa de inmediato. Estás comprometida a cenar con Richard Turlington.*»

Lady Winwood dobló el telegrama con una sonrisa maliciosa: «Pues bien, Sir Joseph —pensó Su Señoría—, de no ser por usted, ¡jamás habiéramos podido persuadir a Natalie!»

6. La iglesia

Es una mañana de comienzos de noviembre. Estamos en una iglesia situada en una pobre y populosa parroquia, en uno de los ignotos barrios de Londres, al Este de la Torre y mucho más allá del río.

Una procesión matrimonial se acerca al altar. Son cinco personas. El novio está pálido y la novia asustada. Su amiga (una diminuta señora de aspecto decidido) la reconforta en susurros. Dos personas de aspecto respetable, al parecer, marido y mujer, que completan la procesión, parecen no comprender muy bien su propio papel en la ceremonia. El pertiguero, mientras los acompaña hacia el altar, parece ver algo debajo de la superficie de esta boda. Aquí sólo se suelen celebrar matrimonios de las capas bajas de la sociedad. ¿Se tratará de una fuga? El pertiguero saca sus conclusiones por el monto fuera de lo común de la cuenta.

El clérigo (un coadjutor menor) sale de la sacristía ataviado con su sotana. El escribiente ocupa su sitio. Los ojos del clérigo se detienen con un súbito interés y curiosidad en los novios y en la amiga de la novia; nota la ausencia de parientes de edad más avanzada; se percata de que las dos jóvenes damas presentan, con toda evidencia, rasgos de refinamiento y educación sin paralelo, en su experiencia profesional, con los novios y las amigas de las novias que anteriormente habían estado de pie ante el altar en su iglesia; pregunta, veloz y en silencio, con los ojos, al escribiente, ocupado él también en observar con interés a los extraños: «Jenkinson — preguntan los ojos del clérigo— ¿todo esto está bien?» «Señor —responden los ojos del escribiente— es un matrimonio por amonestaciones; todas las formalidades han sido cumplidas.» El clérigo abre su libro. Las formalidades han sido cumplidas. Lo que a él le toca es cumplir con su deber. ¡Atención, Launcelot! ¡Valor, Natalie! El servicio comienza.

Launce recorre por última vez la iglesia con una mirada furtiva. ¿Se levantará Sir Joseph Graybrooke de uno de los asientos vacíos para detenerlo? ¿Estará Richard Turlington acechando desde la galería del órgano, esperando tan sólo el momento que las palabras del servicio lo inciten a prohibir el matrimonio o «o si no, callar para siempre»? No. El clérigo procede con firmeza y nada sucede. El rostro encantador de Natalie se vuelve cada vez más pálido, el corazón de Natalie late cada vez más a prisa, a medida que se acerca el momento de leer las palabras que han de unirlos para toda la vida. La propia Lady Winwood siente un desacostumbrado aleteo en el pecho. Los pensamientos de Su Señoría retroceden, no del todo plazeramente, a su propio matrimonio: «¡Ay de mí! ¿En qué estaba pensando cuando estaba en esta misma situación? ¡En el lindo vestido de novia, y en la próxima presentación de Lady Winwood en la Corte!»

El servicio avanza hasta las palabras con que ambos expresan su consentimiento.

Launce ha puesto el anillo en su dedo. Launce ha repetido, tras el clérigo, las palabras. ¡Launce se ha casado con ella! ¡Está hecho! ¡Y ya no hay quien lo deshaga!

El servicio termina. El novio, la novia y los testigos entran en la sacristía para firmar en el libro. La firma, al igual que el servicio, se lleva a cabo muy en serio. Aquí no es posible ningún juego con la verdad. Cuando llega el turno de Lady Winwood, ésta debe escribir su nombre completo. Lo hace, pero sin su acostumbrada gracia y decisión. Se le cae el pañuelo. El escribiente se lo alcanza y se percata de la corona bordada en una esquina.

Los honorarios se han pagado. Todos salen de la sacristía. Otros recién casados, cuanto todo acaba, se ven felices y conversadores. Estos dos están más silenciosos y confusos que nunca. Más extraño aún: mientras otros recién casados se van con sus familiares y amigos, reunidos todos para celebrar la feliz ocasión, estos dos se separan de sus amigos en la puerta de la iglesia. El hombre respetable y su esposa se van a pie. La diminuta señora que tiene una corona en su pañuelo acomoda a la novia en un coche, sube con ella y ordena al cochero que cierre la puerta, ¡mientras el recién casado está de pie en los peldaños de la iglesia! Su rostro está, desde luego, sombrío. Introduce la cabeza por la ventana del coche. Se posesiona de una mano de la novia, habla en un susurro; al parecer, le cuesta trabajo despedirse. La pequeña señora ejerce su autoridad, separa las manos unidas, empuja al novio y grita perentoriamente al cochero que acabe de arrancar. El coche se aleja. El recién casado, solo, se aleja desolado calle abajo. El escribiente, que lo ha visto todo, regresa a la sacristía e informa allí de todo lo sucedido.

Da la casualidad de que el párroco, del brazo con su esposa, pasa por allí y entra en la sacristía por algún otro asunto. El clérigo comenta con él el caso del extraño matrimonio. El párroco, seriamente preocupado por no echar sombra sobre la buena fama de su iglesia, hace algunas preguntas y queda satisfecho. La esposa del párroco no es tan fácil de satisfacer. Mira las firmas en el libro. Uno de los nombres le parece familiar. Interroga al escribiente en cuanto su esposo termina de conversar con él. Cuando se entera de la corona bordada en el pañuelo, señala la firma de Louisa Winwood y dice al párroco:

—¡Ya sé quién es! ¡Es la segunda esposa del Lord Winwood! Fui a la escuela con las hijas del Lord en su primer matrimonio. Nos encontramos a veces en los conciertos de música sacra en el Comité Femenino. Ya encontraré la oportunidad de hablar con ellas. Un momento, señor Jenkinson, voy a anotar los nombres antes de que cierre usted el libro. «Launcelot Linzie, Natalie Graybrooke». Lindos nombres, muy románticos. Me encanta todo lo romántico. Buenos días.

Regaló al clérigo una sonrisa de despedida, al escribiente una inclinación de la cabeza, y salió de la sacristía, cual si flotara. Natalie, que regresaba, silenciosa, a Muswell Hill en compañía de Lady Winwood, y Launce, que maldecía la Ley del

Secuestro mientras deambulaba por las calles, no tenían la menor sospecha de que el suelo bajo sus pies ya estaba minado. Richard Turlington podía enterarse ahora, o podía enterarse más tarde. El descubrimiento del matrimonio dependía por entero de un casual encuentro entre las hijas del Lord y la esposa del párroco.

7. La fiesta

El señor Turlington

Lady Winwood. En su casa

Miércoles, 15 de diciembre; 10 de la noche.

Queridísima Natalie, ya que el bestia insiste, pues tendrá su invitación que aquí le mando. No te preocupes, mi niña. Tú y Launce vendréis a cenar, y cuidaré de que más tarde tengáis vuestra oportunidad para una pequeña cita aparte. Todo lo que espero de ti, en cambio, es que, al regresar, no tengas un aspecto que permita ver que tu esposo te ha besado. Si te descuidas, traicionarás el secreto de esos besos robados. Ayer en el almuerzo de mamá, cuando saliste del jardín de invierno, tu color lo decía todo. ¡Hasta tus hombros estaban colorados! Ya sé que los tienes encantadores, y los hombres tienen a veces unos caprichos extraños. Pero, por Dios, ¡procura la próxima vez llevar una chemisette, si no tienes suficiente autoridad sobre él como para impedir que lo vuelva a hacer!

Con cariño, Louisa.

La historia privada de los días transcurridos desde el matrimonio se plasmó en esta carta. Un capítulo adicional, de cierta importancia debido a su peso en el futuro, fue aportado por los acontecimientos que ocurrieron en la fiesta de Lady Winwood.

Según un acuerdo previo con Natalie, los Graybrooke (invitados a cenar) llegaron temprano. Al dejar que su esposo e hijastras entretuvieran a Sir Joseph y a la señorita Lavinia, Lady Winwood acompañó a Natalie a su propio *boudoir* que sólo una cortina separaba del salón.

—Esta noche tienes un aspecto decididamente demacrado, querida, ¿ha sucedido algo?

—Estoy casi agotada, Louisa. La vida que llevo es tan insoportable que, si Launce me presiona, creo que consentiría en huir con él esta misma noche, al salir de tu casa...

—No harás nada por el estilo. Espera hasta que cumplas los dieciséis. Me encanta lo novedoso, pero lo novedoso de aparecer ante Old Bailey está más allá de mi ambición. ¿El bestia viene aquí esta noche?

—Por supuesto. Insiste en seguirme dondequiera que voy. Hoy almorzó en Muswell Hill. Más quejas de mi incomprensible frialdad hacia él. Otra reprimenda de papá. Una carta furiosa de Launce. Me advierte que si permito que Richard me vuelva a besar la mano en su presencia, lo derribará de un golpe. ¡Ni te imaginas esta vida que estoy llevando, tan mala y llena de culpabilidad! Estoy en la posición más

falsa que se puede imaginar, Louisa, y has sido tú quien me incitaste a hacerlo. Creo que Richard Turlington sospecha de nosotros. Las últimas dos veces que Launce y yo intentamos estar un minuto a solas en la casa de mi tía, se las ingenió para atravesarse en nuestro camino. Allí estaba, con su cara de malo, como si anhelara asesinar a Launce. ¿Puedes hacer algo por nosotros esta noche? No te lo pido por mí. Pero Launce es tan impaciente. Según él, si no logra decirme un par de palabras a solas esta noche, irá mañana a Muswell Hill y me cazaré en el jardín.

—Cálmate, Natalie; sí te diré su par de palabras esta noche.

—¿Cómo?

Lady Winwood señaló la cortina que separaba el *boudoir* del salón. Detrás de la puerta había un rellano de escalera. Y detrás del rellano había otro salón, más pequeño que el primero.

—Sólo tres o cuatro personas vienen a cenar —dijo Su Señoría—. Y varias más a la fiesta de por la noche. Como es una fiesta tan reducida, el saloncito pequeño es el que nos conviene. Este salón no se va a alumbrar, sólo aquí en el *boudoir* estará encendida mi lamparita de leer. Daré la señal de abandonar el comedor más temprano que de costumbre. Launce se nos unirá antes de que comience la fiesta. En el instante en que aparezca, lo enviaré aquí, delante de tu tía y el resto de nosotros.

—¿Para qué?

—Para que te traiga tu abanico. Déjalo aquí debajo de un cojín del sofá antes de que vayamos a cenar. Te sentarás al lado de Launce y le darás las instrucciones privadas de no encontrar el abanico. Perderás la paciencia e irás a buscarlo tú misma, y esto es todo. ¡Tenga cuidado con sus hombros, señorita Linzie! No tengo nada más que agregar.

Los invitados a la cena empezaron a llegar. Lady Winwood tuvo que dedicarse a sus deberes de ama de la casa. Fue una cena íntima y agradable, con el único inconveniente de haber comenzado demasiado tarde. Las señoras sólo entraron en el saloncito cuando faltaban diez minutos para las diez. Launce apenas pudo reunirse con ellas cuando el reloj daba las campanadas.

—¡Demasiado tarde! —susurró Natalie—. Richard va a llegar en cualquier momento.

—Nadie llega puntual a una fiesta —dijo Launce—. No nos hagas perder más tiempo y mándame a buscar tu abanico.

Natalie despegó los labios para decir las palabras requeridas, pero antes de que pudiera hablar, el criado anunció:

—El señor Turlington.

Entró, con su camisa de cuello excesivamente rígido y su traje negro, lustroso y holgado. Saludó a Lady Winwood con una reverencia hosca y torpe. Y entonces vio, como ya había visto decenas de veces antes, a Natalie, con los ojos aún brillantes y el

rostro aún animado por la conversación con Launce: sorprendente contraste con la fría y nada impulsiva joven dama a quien estaba acostumbrado a ver las pocas veces que Natalie le dirigía la palabra.

Las hijas del Lord Winwood eran personas de cierta celebridad en el mundo de la música de aficionados. Al percatarse de la mirada que Turlington lanzó a Launce, Lady Winwood susurró unas palabras a la señorita Lavinia, quien de inmediato pidió a las jóvenes que cantaran. Launce, obediente a una mirada de Natalie, se brindó a buscar las partituras. Es inútil agregar que, en un primer momento, tomó la carpeta equivocada. Cuando la levantó del piano para restituirla al estante, una hoja impresa, parecida a una circular, cayó de entre sus páginas. Una de las muchachas la recogió, la recorrió con la mirada y dio un respingo:

—¡Los conciertos de la música sacra! —exclamó.

Sus dos hermanas, de pie junto a ella, se miraron con aire culpable:

—¿Qué dirán de nosotras en el Comité? Nos olvidamos por completo de la reunión del mes pasado.

—¿Hay alguna reunión en este mes?

Todas miraron con ansiedad la carta impresa.

—¡Sí! El veintitrés de diciembre. Ponla dentro de tu carpeta, Amelia.

Ésta, de inmediato, la puso entre los compromisos para los últimos días del mes. Y el esposo de Natalie, ignorado por todos como tal, la miró hacerlo, plácidamente.

Así, la implacable ironía de las circunstancias hizo que Launce, con toda inocencia, propiciara el descubrimiento de su propio secreto. Debido a que posara sus manos, por error, sobre una carpeta de música que no era la requerida, habría un encuentro entre las hijas del lord y la esposa del párroco, ¡justo dos días antes de que pudiera llevarse a cabo la fuga!

Los invitados a la fiesta empezaron a llegar, en grupos de a dos y tres. Los caballeros que cenaban en la planta baja se levantaron de la mesa y se les unieron.

El pequeño salón estaba agradablemente lleno, pero no más de lo necesario. Sir Joseph Graybrooke tomó a Turlington de la mano y lo condujo, entusiasta, hacia el anfitrión. La conversación en el comedor había derivado hacia las finanzas. Lord Winwood no estaba del todo satisfecho con algunas de sus inversiones extranjeras. Y el «querido Richard» de Sir Joseph era el hombre más indicado a darle un pequeño pero acertado consejo. Las tres cabezas se juntaron en un rincón. Launce, sin perderlos de vista, apretaba a hurtadillas la mano de Natalie. Un reconocido virtuoso había hecho su entrada y ahora estaba sacando del piano sonidos atronadores. El espectáculo atrajo la atención de todos los invitados. No podía ofrecerse mejor oportunidad para enviar a Launce a buscar el abanico. Mientras la discusión sobre finanzas aún perduraba, los amantes esposos se escondieron a solas en el *boudoir*.

Lady Winwood, que se había percatado discretamente de la ausencia de ellos, no

perdía de vista el rincón, vigilando a Richard Turlington.

Éste hablaba, muy serio, de espaldas al resto de los invitados. No se movía ni miraba a su alrededor. Llegó el turno de hablar de Lord Winwood. Richard mantuvo la misma posición, escuchando. El próximo en hablar fue Sir Joseph. Entonces la atención de Richard se desvió: sabía de antemano lo que Sir Joseph iba a decir. Sus ojos, ansiosos, se dirigieron al lugar donde había dejado a Natalie. Lord Winwood dijo una palabra. Volvió la cabeza de nuevo hacia el rincón. Sir Joseph hizo una objeción. Richard miró por encima del hombro, esta vez hacia el lugar donde había estado parado Launce. En el instante siguiente, su anfitrión llamó su atención, y esto hizo que le fuera imposible continuar su exploración de la estancia. Al mismo tiempo, dos de los invitados, comprometidos a asistir a otra reunión, se acercaron a la señora de la casa para despedirse de ella. Lady Winwood se vio obligada a ponerse de pie y atenderlos. Le dijeron algo antes de irse, y lo dijeron de un modo atormentadoramente lento, de pie ante ella, impidiéndole observar las maniobras del enemigo. Cuando al fin se vio libre de ellos, miró y vio que Lord Winwood y Sir Joseph eran los únicos ocupantes del rincón.

Lady Winwood no perdió más que un instante, el de solicitar al virtuoso que volviera a aporrear el piano, se deslizó fuera de la habitación y cruzó el rellano. Al entrar en el vacío salón oyó la voz de Turlington, baja y amenazadora, en el *boudoir*. Los celos tienen su propia clarividencia. Se había dirigido desde el primer momento al lugar acertado y —¡Cielo Santo!— los encontró juntos.

El valor de Lady Winwood era innegable; pero estaba pálida cuando se aproximó a la entrada del *boudoir*.

Allí dentro Natalie, de pie, furiosa y a la vez asustada, se hallaba entre el hombre con quien estaba supuestamente comprometida y el hombre con quien en realidad estaba casada. El rostro duro de Turlington expresaba el suplicio de una furia reprimida. Launce, haciendo como si ofreciera a Natalie su abanico, sonreía con la cortés superioridad del hombre que se sabe vencedor y que triunfa sabiéndolo.

—Le prohíbo que tome su abanico de las manos de este hombre —dijo Turlington, dirigiéndose a Natalie y señalando a Launce.

—¿No es demasiado temprano para hablar de «prohibiciones»? —preguntó Lady Winwood con tono humorístico.

—¡Es precisamente lo que digo! —exclamó Launce—. ¡Al parecer es necesario recordar al señor Turlington que aún no está casado con Natalie!

Estas palabras fueron dichas en un tono tal que ambas amigas se sintieron temblar por lo que pudiera suceder. Lady Winwood le quitó el abanico a Launce con una mano y, con la otra, tomó a Natalie por un brazo.

—Aquí tienes tu abanico, querida —dijo en su manera fácil y desenvuelta—. ¿Por qué permites que estos dos bárbaros te tengan aquí prisionera mientras el gran

Bootmann está ejecutando la Sonata Pesadilla en el salón vecino? ¡Launce! ¡Señor Turlington! Síganme y aprendan a apreciar la música. Sólo tienen que cerrar los ojos para tener la impresión de que están escuchando a cuatro compositores alemanes modernos en lugar de uno y no el fantasma de una melodía entre los cuatro.

Salió del *boudoir* con Natalie y susurró:

—¿Os ha sorprendido?

—Lo oí a tiempo —susurró Natalie—. Sólo nos vio buscando el abanico.

Los dos hombres se quedaron atrás para intercambiar un par de palabras a solas en el *boudoir*.

—¡Esto no va a terminar aquí, señor Linzie!

Launce sonrió, satírico:

—Por una vez, estoy de acuerdo con usted —respondió—. Esto no va a terminar aquí, como dice usted.

Lady Winwood se detuvo y se volvió para echarles una mirada desde la puerta del salón, estaban haciéndola esperar, y no les quedó otro remedio que seguir a la señora de la casa.

Al llegar al salón contiguo, tanto Turlington como Launce ocuparon sus respectivos lugares entre el resto de los invitados, sin perder de vista el mismo objetivo. Como resultado inevitable de la escena en el *boudoir*, cada uno de ellos tenía su propio interés especial en dirigirse a Sir Joseph. Incluso en esto, Launce se le aventajó a Turlington: fue el primero en captar la atención de Sir Joseph. Su queja adoptó la forma de protesta contra los celos de Turlington y de solicitud a que se reconsiderara la sentencia que lo expulsaba de Muswell Hill. La suspicacia de Turlington, que los observaba desde cierta distancia, detectó algo demasiado confidencial en su conversación. So pretexto de buscar compañía, se situó detrás de ellos y prestó oído.

El gran Bootmann había llegado a aquella parte de la Sonata Pesadilla en que el sonido musical, producido principalmente por la mano izquierda, describe, sin la más remota posibilidad de equivocación, la salida de la Luna sobre el patio de una iglesia rural y una danza de vampiros alrededor de la tumba de una doncella. Sir Joseph, que no tenía la menor posibilidad de vencer a los vampiros con un susurro, se vio obligado a elevar la voz para que Launce pudiera oír su confortante respuesta.

—Te compadezco sinceramente —lo oyó decir Turlington—, y Natalie lo siente igual que yo. Pero Richard es un obstáculo en nuestro camino. Las consecuencias son de temer, mi querido muchacho, si Richard se entera —hizo un gesto cariñoso a su sobrino y, renuente a seguir hablando sobre el tema, se dirigió hacia otra parte de la habitación.

La celosa desconfianza de Turlington, que en las últimas semanas lo había conducido al nivel más elevado de irritabilidad, asoció de inmediato las palabras

recién escuchadas con las que Launce había dicho en el *boudoir*, y esto le recordó que aún no estaba casado con Natalie. ¿Había una solapada traición detrás de todo esto? ¿Era su objeto el de persuadir al débil Sir Joseph que reconsiderara los planes matrimoniales de su hija en el sentido favorable a Launce? La ciega suspicacia de Turlington pasó por alto todos los argumentos que hacían absolutamente improbable una conclusión como esta. Después de analizarlo brevemente, decidió persistir en su propia decisión y poner a prueba la buena fe de Sir Joseph en cada ocasión que se le presentara para así tomar al padre de Natalie por sorpresa.

—¡Graybrooke!

Sir Joseph se incorporó al ver la expresión en el rostro de su futuro yerno.

—Mi querido Richard, ¿tiene usted un aspecto muy extraño! ¿Habrás aquí demasiado calor?

—¡Qué importa el calor! He visto tantas cosas esta noche como para justificar mi insistencia en que su hija y Launcelot Linzie no se vuelvan a encontrar desde este momento y hasta el día de mi boda.

Sir Joseph hizo un intento por hablar. Turlington le negó esta oportunidad:

—¡Sí, sí, su opinión sobre Linzie difiere de la mía, ya lo sé. Acabo de ver a ustedes dos secretar como un par de ladrones!

Sir Joseph volvió a hacer un intento por hacerse oír. Harto de las continuas quejas de Turlington sobre su hija y su sobrino, estaba esta vez lo bastante irritado como para decir, si se le hubiera dado la oportunidad, lo que Launce realmente le había dicho. Pero Turlington seguía con lo suyo.

—No puedo impedir que a Linzie se le reciba en esta casa, ni tampoco en la de su hermana —dijo—. Pero sí puedo mantenerlo lejos de mi casa de campo, y hacia allá nos dirigiremos. Propongo un cambio en los planes. ¿Tiene usted algún compromiso para las fiestas de la Navidad?

Hizo una pausa y miró con atención a Sir Joseph. Éste, algo asombrado, respondió escuetamente que no tenía ningún compromiso.

—En este caso —resumió Turlington—, los invito a todos a Somersetshire y propongo que el matrimonio se lleve a cabo desde mi casa, y no desde la suya. ¿No tiene nada que objetar?

—Esto va en contra de lo acostumbrado en tales casos, Richard —empezó a articular Sir Joseph.

—¿Se niega? —volvió la carga Turlington—. Debo decirle con franqueza que si usted se niega, formaré mi propio criterio acerca de sus motivos.

—No, Richard, —dijo Sir Joseph en voz baja—. Acepto.

Turlington, en silencio, retrocedió un paso. Sir Joseph le volvió las tornas y lo tomó por sorpresa.

—Esto va a afectar algunos planes, y las señoras estarán muy en contra —

prosiguió el anciano caballero—. Pero si esto es lo único que lo puede satisfacer, le diré que sí. Mañana, cuando nos veamos en Muswell Hill, tendré ocasión para apelar a su indulgencia en unas circunstancias que lo van a asombrar muchísimo. Lo menos que puedo hacer, mientras tanto, por mi parte es dar un ejemplo de amistosa simpatía y tolerancia. ¡Ni una palabra más, Richard! ¡Chitón! ¡La música!

Fue imposible hacer que diera más explicaciones aquella noche. A Turlington no le quedó más remedio que interpretar el misterioso anuncio de Sir Joseph con tan dudosas probabilidades de éxito como las que su propio ingenio, desprovisto de ayuda, le pudo proporcionar.

El encuentro en Muswell Hill al día siguiente tenía por objeto, como ya se había informado a Turlington, la redacción del contrato matrimonial de Natalie. ¿Se hallaba la cuestión del dinero en el fondo del llamado de Sir Joseph a su indulgencia? Pensó en su situación comercial. La depresión en el comercio con el Levante continuaba. Nunca antes sus negocios habían requerido tanto su constante atención, ni habían recompensado esta atención con tan poco provecho. La firma ya había hecho uso de los conocimientos en el curso corriente del comercio, para obtener la posesión de las mercancías. Los duplicados en las manos de los Bulpit Brothers eran, literalmente, papeles carentes de valor. El reembolso del empréstito de cuarenta mil libras (con intereses) vencía en un plazo de menos de un mes. ¿Se trataba de su posición comercial! ¿Era posible que Sir Joseph, que amaba el dinero, fuese a proponer alguna modificación en lo tocante a la dote de su hija? La sola idea de que esto pudiera ser así lo llenaba de frío terror. Salió de la casa sin acordarse tan siquiera de desearle buenas noches a Natalie.

Mientras tanto, Launce ya había abandonado la fiesta: él también halló motivos para serias reflexiones que asaltaron su mente antes de que se durmiera aquella noche. En otras palabras, al llegar a su casa encontró una carta de su hermano que llevaba la marca de «privado». ¿Había la investigación de los secretos de la vida anterior de Turlington, que se llevaba a cabo desde ya hacía varias semanas, conducido al fin a resultados positivos? Launce abrió apresuradamente el sobre. Contenía un informe y un resumen. Launce comenzó por el resumen y leyó lo que sigue:

«Si busca Usted sólo una prueba moral para satisfacer su mente, su fin ha sido alcanzado. Desde el punto de vista moral, no hay duda alguna que Turlington y el capitán que lanzó al mar al marinero extranjero para que se hundiera, son una misma persona. Desde el punto de vista legal, el asunto está plagado de dificultades, ya que Turlington ha destruido todos los nexos comprobables entre su personalidad actual y su vida pasada. Nos queda una sola oportunidad. Se supone que un marinero de aquel barco, que estaba al tanto de los secretos de su

capitán, vive aún, protegido por éste. Este hombre conoce todas las malas acciones en la vida anterior de Turlington. Puede dar pruebas de los hechos, si logramos encontrarlo y lo convencemos de que más le vale hablar. No sabemos bajo qué nombre falso se oculta. Su nombre verdadero es Thomas Wildfang. Si hemos de hacer un intento por encontrarlo, no se puede perder un solo instante. Los gastos pueden ser considerables. Avíseme si debemos continuar o si lo que hemos hecho hasta ahora es suficiente para el fin que Usted persigue.»

Se había hecho suficiente, no sólo para satisfacer a Launce, sino también para producir el efecto deseado en la mente de Sir Joseph si éste fuera a dar pruebas de obstinación al revelársele el secreto del matrimonio. Launce escribió unas líneas para poner fin al proceso de investigación en el punto que ya se había alcanzado. «Aquí ya tenemos una razón para que no se case con Turlington —se dijo mientras colocaba los papeles bajo llave—. Y si no se casa con Turlington, ¿por qué no ha de casarse conmigo?» —se preguntó con la lógica de enamorado.

8. La biblioteca

Al día siguiente, Sir Joseph Graybrooke, su abogado el señor Dicas (muy respetable e inmensamente rico) y Richard Turlington se reunieron en la biblioteca de Muswell Hill para deliberar sobre la cuestión del contrato matrimonial de Natalie.

Después de intercambiar las usuales frases preliminares, Sir Joseph dio muestras de cierta vacilación antes de abordar directamente el tema que se iba a debatir en la pequeña reunión de los tres caballeros. Sir Joseph evitaba los ojos de su abogado y miraba a Turlington denotando cierta incomodidad.

—Richard —profirió al fin—, a bordo de la goleta, cuando le hablé de su matrimonio, le dije que iba a dar a mi hija... —aquí el valor o el aliento lo abandonaron. Se vio obligado a esperar un momento antes de proseguir—. Le dije que iba a darle a mi hija, al casarse, la mitad de mi fortuna —resumió—. Perdóneme, Richard, ¿no lo puedo hacer!

El señor Dicas, en espera de sus instrucciones, depositó la pluma y miró al presunto futuro yerno de Sir Joseph. ¿Qué diría el señor Turlington?

No dijo nada. Se levantó de su asiento frente a la ventana y se sentó al otro lado de la mesa, de espaldas a la luz.

—Tengo los ojos resentidos esta mañana —dijo con un tono de voz inusualmente bajo—, la luz me molesta.

No pudo hallar una excusa más plausible para ocultar su rostro del escrutinio de los dos hombres sentados a ambos lados de él. La continua irritación moral de su infeliz cortejo, que no avanzaba más allá de la frígida familiaridad de besar la mano de Natalie en presencia de otras personas, lo había afectado físicamente. Incluso sus duros nervios empezaban a resentirse a causa de la larga tensión de la sospecha que lo había estado torturando desde hacía varias semanas. Él mismo se daba cuenta de que ya no podía confiar en su poder de autocontrol. Pudo ocultar su rostro; pero ya no podía dominarlo.

—¿Ha oído usted lo que acabo de decir, Richard?

—Lo he oído. Prosiga.

Sir Joseph prosiguió, ganando en confianza a medida que iba hablando.

—¡La mitad de mi fortuna! —repitió—. Sería como partir mi vida por la mitad; sería como decir adiós para siempre a mi amigo más querido. Mi dinero, Richard, ha sido siempre para mí tan reconfortante, ha sido una ocupación tan placentera para mi mente. No conozco ninguna lectura tan interesante e instructiva como la de mi propia libreta de banco. Ver los gastos por un lado —dijo Sir Joseph con una patética solemnidad— y, por el otro, los ingresos, observar algunas veces la triste pérdida del balance y otras veces su agradable, maravilloso crecimiento, ¿qué lectura tan absorbente! La mejor novela que se haya escrito jamás no podría compararse con esta

lectura. No puedo, Richard, realmente no puedo ver cómo mi bello y redondo balance se destruye, disminuyendo hasta reducirse a la mitad de la cifra a la que me he acostumbrado durante toda mi vida. Es posible que sea una debilidad por mi parte —prosiguió Sir Joseph, quien con toda evidencia no sentía ni la más mínima debilidad—, pero todos tenemos nuestras flaquezas, y la mía es mi libreta de banco. Además, no se trata de que usted la desee. Si usted la deseara, desde luego, pero usted no la desea. Usted es un hombre rico; usted se casa con mi querida Natalie por amor, no por el dinero. Tanto usted como ella y mis nietos lo tendrán todo después de mi muerte. Para usted no puede representar una gran diferencia el tener que esperar unos pocos años hasta que se vacíe el butacón de un anciano frente a la chimenea. ¿Qué diría usted, Richard, de una cuarta parte, en vez de la mitad? Veinte mil —propuso Sir Joseph, lastimero—. Puedo soportar la pérdida de veinte mil. Pero, por Dios, ¡no me pida más!

Los labios del abogado se curvaron en una agria e irónica sonrisa. Amaba su dinero tanto como Sir Joseph. Debería sentirse de parte de su cliente; pero los hombres ricos no se tienen simpatía. El señor Dicas no ocultaba su desprecio hacia Sir Joseph.

Hubo un breve silencio. Los petirrojos en los arbustos de más allá de la ventana debían de haber hecho equilibrios prodigiosos en sus comederos. Saltaban sin temor alguno sobre el antepecho y miraban hacia dentro con muy poco respeto hacia los dos hombres ricos.

—No me tenga en suspenso, Richard —continuó Sir Joseph—. Hable. ¿Es un sí o un no?

Turlington golpeó la mesa con excitación y, luego de una demora tan extraña, su respuesta sonó repentina como una explosión:

—¡Veinte mil con todo mi corazón! —dijo—. A condición, Graybrooke, de que cada penique se ponga a nombre de Natalie y de sus hijos después de ella. ¡Ni medio penique para mí! —vociferó, magnánimo, con la voz más estridente que nunca—. ¡Ni medio penique para mí!

Que nadie diga que los ricos no tienen corazón. Sir Joseph tomó en silencio la mano de su futuro yerno y estalló en lágrimas.

El señor Dicas, habitualmente un hombre silencioso, pronunció las primeras dos palabras que se le escapaban desde el comienzo de la deliberación:

—Muy encomiable —y de inmediato hizo la correspondiente anotación.

A partir de entonces, el asunto del contrato matrimonial se deslizó sin tropiezos hacia su previsto fin. Sir Joseph explicó sus consideraciones con todo el lujo de detalles, y la pluma del abogado lo siguió sin retraso. Turlington, quien seguía en el mismo asiento junto a la mesa, limitó su participación en la reunión a una parte exclusivamente pasiva en los procedimientos. Respondió con pocas palabras cuando

no le quedó otro remedio que hablar y estuvo de acuerdo en todo con los dos señores mayores. Cuando la vida de uno está en plena crisis, no se suele prestar atención a disposiciones de otros. Turlington se vio atravesando una crisis así en el tremendo instante cuando la inesperada propuesta de Sir Joseph le exigió una respuesta inmediata. Se enfrentaba a dos despiadadas alternativas. O debía devolver el empréstito de cuarenta mil libras en el día en que se vencía el reembolso, o debía solicitar que Bulpit Brothers le concediera una prórroga de tiempo, y así provocar un inevitable examen sobre el fraudulento valor depositado en la firma, lo cual podía terminar de una sola manera. Su última, realmente última oportunidad, desde el momento en que Sir Joseph había reducido a la mitad la dote prometida, era adoptar, como ya lo hizo, un tono de nobleza y ocultar la verdad, hasta que pudiera revelárselo a su suegro en el privilegiado carácter de esposo de Natalie.

«Debo cuarenta mil libras, señor, pagadero en una quincena, y no poseo ni un penique. Pague por mí, o verá el nombre de su yerno en la lista de los que sufren bancarrota.» Por el bien de su hija —¿quién podía dudarle?— Sir Joseph daría el dinero. Lo único indispensable era casarse a tiempo. Si por accidente o por mala voluntad Sir Joseph se viera inducido a aplazar la fecha tan sólo por una quincena, la «llamada» fatal se produciría, y la firma de Pizzituti, Turlington & Branca aparecería en la Gaceta.

Así razonaba, al borde del terrible descubrimiento que pronto le revelaría que Natalie era esposa de otro hombre.

—¡Richard!

—¡Señor Turlington!

Se incorporó y fijó su atención en las cosas del momento presente. Sir Joseph por un lado y el abogado por el otro, ambos estaban llamando su atención y lo estaban mirando con asombro.

—¿Ya han terminado ustedes con el contrato? —preguntó.

—Mi querido Richard, hace tiempo que hemos terminado —respondió Sir Joseph—. ¿De veras no ha oído usted lo que yo estuve diciendo a Dicas aquí durante el último cuarto de hora? ¿En qué ha estado pensando?

Turlington ni siquiera trató de responder a esta pregunta.

—¿Tiene algún interés para mí lo que usted estuvo diciendo al señor Dicas? —inquirió.

—Júzguelo por sí mismo —respondió Sir Joseph, misterioso—. He estado dando al señor Dicas instrucciones para hacer mi testamento. Deseo que el contrato matrimonial y el testamento se ejecuten al mismo tiempo. Lea las instrucciones, señor Dicas.

El proyectado testamento de Sir Joseph tenía dos evidentes méritos: era sencillo y breve. Con excepción de un par de insignificantes legados a unos lejanos parientes,

no tenía en quien pensar que no fuese Natalie y los hijos que nacieren de su matrimonio (la señorita Lavinia tenía su propia y bien provista posición económica). En sus diversas disposiciones, hechas tomando en consideración a estos dos principales beneficiarios, el testamento seguía los precedentes establecidos para tales casos. No difería mucho de decenas de miles de otros testamentos hechos en circunstancias similares. Aún quedaba sin explicar el motivo de Sir Joseph para reclamar una atención especial hacia el testamento, cuando el señor Dicas llegó a la cláusula dedicada al nombramiento de ejecutores y apoderados, y anunció que esta parte del documento permanecía en blanco.

—Sir Joseph Graybrooke, ¿está usted preparado para nombrar a las personas que tiene en mente? —preguntó el abogado.

Sir Joseph se puso de pie, al parecer para recalcar la importancia especial de los términos en que iba a responder a la pregunta del abogado:

—Nombro a un solo ejecutor y apoderado: Richard Turlington —anunció.

No era fácil asombrar al señor Dicas. Pero la respuesta de Sir Joseph lo dejó confundido por completo. Miró a su cliente por encima de la mesa y, en esta ocasión, pronunció tres palabras:

—¿Está usted loco?

El saludable color del rostro de Sir Joseph se volvió algo más rojo.

—Nunca he estado más en mis cabales, señor Dicas, que en este momento.

Esto no fue suficiente para silenciar al señor Dicas.

—¿Es usted consciente de lo que está haciendo, —insistió el abogado—, al nombrar a su yerno como el único ejecutor y apoderado? Proporciona usted al esposo de su hija, señor, el poder de adueñarse de todo su dinero, hasta el último penique, después de su muerte.

Hasta entonces Turlington había estado escuchando con apariencia de interés hacia lo que se estaba acordando, que él consideraba un acto de cortesía. Para él, el futuro se limitaba al día en que Bulpit Brothers tenía el derecho de reclamar el reembolso del empréstito. El testamento era para él un asunto sin importancia vital en comparación con el interés, infinitamente superior, por el matrimonio. Tan sólo cuando el lenguaje brutalmente llano del abogado llevó a la fuerza su atención hacia el documento, la cuestión de su interés pecuniario en la muerte del suegro tomó forma en su mente.

Enrojeció y, además, se mostró ofendido por lo que acababa de decir el señor Dicas.

—¡Ni una palabra, Richard! —exclamó Sir Joseph—. Déjeme que hable por los dos. En los últimos siete años —continuó, dirigiéndose al abogado—, me he acostumbrado a confiar por completo en Richard Turlington. Sus desinteresados consejos han aumentado en gran medida mis ingresos, sin poner en riesgo un solo

penique del principal. En más de una ocasión le he ofrecido que hiciera uso de mi dinero en sus negocios, e invariablemente se ha negado a hacerlo. Hasta sus más acérrimos enemigos, señor, han tenido que reconocer que mis intereses estaban a salvo cuando estaban confiados a su cuidado. ¿He de empezar a desconfiar de él ahora, cuando estoy a punto de darle a mi hija en matrimonio? ¿He de dejar una constancia de que dudo de él por primera vez para que se conozca después de mi muerte, en cuanto se abra mi testamento? ¡No! No podría confiar la administración de la fortuna que heredará mi niña a manos más competentes y honorables que las del hombre que se va a casar con ella. ¡Mantengo mi nombramiento, señor Dicas! ¡Insisto en dejarle a mi yerno toda la responsabilidad de mi herencia!

Turlington hizo un intento por hablar. El abogado hizo otro tanto. Sir Joseph, con una especie de sencilla dignidad que impresionó a ambos, se negó a escuchar una sola palabra de ninguno de los dos.

—¡No, Richard! Mientras yo esté vivo, este es mi asunto, y no suyo. ¡No, señor Dicas! Comprendo que su profesión lo obliga a protestar. Ha protestado. Llene el espacio en blanco tal y como le he dicho. O deje las instrucciones sobre la mesa, y acudiré al abogado más cercano para que lo llene en su lugar.

Estas palabras hicieron que el abogado viera su situación con toda claridad. No tenía otra alternativa que hacer lo que se le exigía o perder a un buen cliente. Optó por lo primero y salió de la habitación.

Sir Joseph, con una cortesía chapada a la antigua, lo acompañó hasta el vestíbulo. Al regresar a la biblioteca para decir algunas palabras amistosas antes de abandonar al fin el tema del testamento, se vio presa de las poderosas manos de Turlington, quien lo agarró por un brazo y lo arrastró, sin ceremonia, hacia la ventana.

—¡Richard! —exclamó—. ¿Qué significa esto?

—¡Mire! —gritó el otro y señaló a través de la ventana un sendero cubierto de césped y bordeado de arbustos, a cierta distancia de la casa—. ¡Pronto, antes de que lo perdamos de vista! ¿Quién es ese hombre que está cruzando el sendero, de un arbusto a otro?

Sir Joseph no logró reconocer al individuo antes de que desapareciera. Turlington susurró con ira, junto a su oído:

—¡Launcelot Linzie!

Sir Joseph declaró con perfecta buena fe que el hombre no podía de modo alguno haber sido Launce. El frenético ataque de celosa sospecha de Turlington no se podía campar con tanta facilidad. Preguntó con insistencia por Natalie. Se le respondió que estaba dando un paseo por los jardines.

—¡Lo sabía! —exclamó con un juramento y se apresuró a los jardines para descubrir la verdad por sí mismo.

Poco tiempo después regresó a la casa. Había visto a Natalie, sola. No había

podido descubrir ni un vestigio de Launce. Por centésima vez había ofendido a Natalie. Por centésima vez tuvo que apelar a la indulgencia de su padre y su tía.

—Esto no volverá a suceder —dijo con hosco arrepentimiento—. Me verán ustedes convertido en otro hombre cuando los reciba en mi casa de campo. ¡Ya verán! —no pudo impedir que una furtiva mirada pusiera de manifiesto su inveterada desconfianza de Natalie y de todo cuanto tenía que ver con ella—. ¡Ya verán! Quedamos en que el lunes que viene todos ustedes irán a mi casa en Somersetshire.

Sir Joseph respondió con bastante sequedad que ya lo habían acordado. Turlington se encaminó hacia la puerta para salir de la habitación y, de repente, volvió sobre sus pasos.

—Se da por entendido —se dirigió a la señorita Lavinia— que la fecha de la boda ha de ser el día siete del mes que viene, ¡y ni un día más tarde!

La señorita Lavinia respondió, también con bastante sequedad:

—Desde luego, Richard, ni un día más tarde.

—Está bien —masculló Turlington y se apresuró a dejarlos.

Media hora después Natalie entró en la habitación dando muestras de cierta confusión.

—¿Se ha marchado? —preguntó a su tía en un susurro.

Aliviada en cuanto a esto, se dirigió a la biblioteca, donde no solía entrar casi nunca, en ninguna hora del día. La señorita Lavinia la siguió, curiosa de lo que esto significaba. Natalie corrió hacia la ventana y agitó su pañuelo, evidentemente haciendo señas a alguien que estaba fuera. La señorita Lavinia se le acercó al instante y la tomó de la mano con brusquedad.

—¿Será posible, Natalie? —preguntó—. ¿Ha estado Launcelot Linzie aquí de veras, sin que lo supiéramos tu padre y yo?

—¿Y qué tiene de malo si ha estado aquí? —respondió Natalie con un repentino estallido de rabia—. ¿Es que ya nunca más podré volver a ver a mi primo porque el señor Turlington se cela de él?

De pronto, volvió la cabeza. Su rostro y cuello se cubrieron de un profundo rubor. La señorita Lavinia, que iba a iniciar la debida reprimenda, se vio silenciada por un nuevo cambio del carácter voluble de su sobrina. Natalie estalló en lágrimas. Satisfecha con esta apariencia de un sincero arrepentimiento, la anciana dama accedió a pasar por alto y, tan sólo por esta vez, guardarle el secreto a Natalie. Todos estarían en Somersetshire, se dijo, antes de que se pudiera cometer ninguna nueva violación de disciplina. Por suerte, Richard no había podido descubrir nada; y, tomándolo todo en consideración, se podía tener plena confianza en que todo quedaría tal y como estaba.

Es posible que la señorita Lavinia hubiera tenido un criterio menos esperanzador sobre las circunstancias de saber que uno de los criados en Muswell Hill estaba

sobornado por Richard Turlington, y que este criado había visto a Launce abandonar la finca por la cancela del jardín trasero.

9. El salón

—¡Amelia!

—Di algo.

—Pídele que se siente.

Así se hablaban entre susurros, desconcertadas, las tres hijastras de Lady Winwood, de pie en su salón, sintiéndose impotentes para hacerle frente a un objeto que había aparecido en el umbral de la puerta.

Era el 23 de diciembre, entre las dos y las tres de la tarde. Las tres hermanas acababan de regresar de una reunión con el Comité de la Sociedad de Conciertos de Música Sacra. Y el objeto era Richard Turlington.

Estaba de pie en el umbral, con el sombrero en una mano, asombrado por el recibimiento.

—He regresado esta mañana de Somersetshire —dijo—, ¿no lo han oído? Un asunto de negocios en la oficina me ha obligado a dejar a mis invitados en mi casa de campo. Volveré con ellos mañana. Cuando digo «mis invitados» me refiero a los Graybrooke. ¿No saben ustedes que están conmigo? ¿Sir Joseph, la señorita Lavinia y Natalie?

Al escuchar el nombre de Natalie, las hermanas dieron un respingo. Volvieron las caras e intercambiaron miradas de desaliento. La paciencia de Turlington estaba a punto de agotarse.

—¿Serían ustedes tan amables como para explicarme qué significa todo esto? —preguntó con cierta brusquedad—. La señorita Lavinia me pidió que viniera a verlas cuando estuviera en la ciudad. Me dio el encargo de llevarle un molde de vestido que, según ella, ustedes me darían. Deben ustedes haber recibido hace horas el telegrama en que les explicaba todo esto. ¿Han recibido el mensaje?

De las tres hermanas, era la señorita Amelia quien poseía el espíritu rector. Fue la primera en recuperar la presencia de ánimo suficiente para dar una respuesta sencilla a la pregunta sencilla de Turlington.

—Recibimos el telegrama esta mañana —contestó—. Desde entonces ha sucedido algo que nos ha conmocionado y sorprendido. Le pedimos que nos disculpe —se volvió hacia sus hermanas—. Sophia, el molde está en aquella gaveta detrás de ti. Dáselo al señor Turlington.

Sophia sacó un paquete. Antes de entregarlo al visitante, miró a su hermana:

—¿Deberíamos dejar marchar al señor Turlington como si nada hubiera sucedido? —preguntó.

Amelia lo analizó en silencio. Dorothea, la tercera hermana, que todavía no había hablado, hizo una sugerencia. Propuso que, antes de seguir adelante, averiguaran si Lady Winwood estaba en casa. La idea fue aceptada al instante. Sophia tocó la

campanita. Cuando la sirvienta entró, fue Amelia quien formuló las preguntas.

Lady Winwood había salido de paseo en cuanto hubo terminado de almorzar. En cuanto a Lord Winwood, había salido con Su Señoría. No habían dejado ningún mensaje acerca de la hora de su regreso.

Las hermanas miraron a Turlington, inseguras de lo que habían de decir o hacer a continuación. Fue la señorita Amelia quien le habló en cuanto la sirvienta hubo salido.

—¿Puede usted quedarse hasta que regresen mi padre o Lady Winwood? —preguntó.

—Es absolutamente imposible. Hoy cada minuto me es de suma importancia.

—¿Puede usted regalarnos uno sólo de sus minutos? Queremos aconsejarnos sobre algo que tal vez tengamos que decirle antes de que se vaya.

Turlington, sorprendido, tomó asiento. La señorita Amelia, en el lado opuesto de la habitación, expuso el caso ante sus hermanas desde un punto de vista de estricta conciencia.

—Si nos hemos enterado de esta abominable traición no fue en modo alguno por medios solapados. La revelación se nos impuso por la fuerza, y no hemos prometido a nadie guardar el secreto. Sabiendo como sabemos cuán cruelmente ha sido traicionado este caballero, creo que abrirle los ojos sobre la verdad es para nosotras una cuestión de honor. Si callamos, nos convertiremos en cómplices de Lady Winwood. Y, pase lo que pase, yo me niego a serlo.

Sus hermanas estuvieron de acuerdo con ella. Esta era la primera oportunidad que tenían para afirmar su propia importancia en detrimento de su inteligente madrastra. Su celoso odio hacia Lady Winwood adoptó la máscara del deber: deber hacia un ser humano ultrajado y traicionado. ¿Podía acaso algún motivo ser más puro que este?

—¡Díselo, Amelia! —gritaron las dos jóvenes con la enorme imprudencia del sexo que sólo se detiene a pensar cuando ya es demasiado tarde para reflexionar.

Un vago sentimiento de que algo iba mal asaltó la mente de Turlington.

—Discúlpenme por apresurarlas —inquirió—, pero ¿tienen de veras ustedes algo que decirme?

La señorita Amelia se armó de valor y comenzó:

—Tenemos que decirle algo verdaderamente terrible —dijo, interrumpiéndolo—. Usted, señor Turlington, ha sido presentado en esta casa como el caballero comprometido para casarse con la prima de Lady Winwood, la señorita Natalie Graybrooke —aquí hizo una pausa, a punto de descubrir el secreto. Vio en el rostro de Turlington un repentino cambio de expresión que la intimidó por un momento—. Hasta ahora teníamos entendido que se casaría usted con esa joven dama en los primeros días del mes que viene.

—¿Bien?

No pudo articular más que esto. Al ver sus pálidos rostros de ojos impacientes, no pudo decir nada más.

—¡Ten cuidado! —susurró Dorothea al oído de su hermana—. ¡Míralo, Amelia! No tan de prisa.

Amelia prosiguió con mayor cuidado.

—Acabamos de regresar de una reunión de música —dijo—, una de las damas que asistió es conocida nuestra, una antigua compañera de escuela. Es la esposa del párroco de la iglesia St. Colomb Major, es una iglesia grande, lejos de aquí, en el East End de Londres.

—No sé nada de la mujer ni de la iglesia —interpuso Turlington, severo.

—Le ruego que tenga un poco de paciencia. No puedo decirle lo que deseo si no hago referencia a la esposa del párroco. Ella conoce a Lady Winwood por su apellido. Y ha oído hablar de Lady Winwood hace poco tiempo en unas circunstancias muy extrañas, circunstancias relacionadas con una firma en los libros de la iglesia.

Turlington perdió el autocontrol.

—Ustedes tienen algo en contra de Natalie —estalló—, ¡lo sé por sus susurros, lo sé por sus miradas! Dígamelo de una vez, simple y llanamente.

Ahora ya no importaba. Amelia se lo dijo simple y llanamente.

La habitación quedó en silencio. Se podía escuchar los pasos de los transeúntes en la calle. Turlington estaba de pie, inmóvil por completo, en el mismo lugar donde lo habían dejado sin habla con su revelación, aguantándose con la mano derecha del respaldo del sofá. Las hermanas, espantadas, retrocedieron al rincón más lejano de la habitación. El rostro de Turlington las llenó de pavor. A través del mudo sufrimiento que había manifestado en los primeros instantes, fue revelándose poco a poco, abriéndose paso hasta hacerse visible, una mirada que expresaba tanto deseo de venganza mortal que les heló hasta el alma. Intercambiaron febriles susurros, sin saber lo que decían, sin oírse a sí mismas. Una dijo: «¡Toca la campanilla!» Otra respondió: «Ofrécele algo, que se va a desmayar», mientras la tercera repetía temblando: «¿Por qué lo hemos hecho? ¿Por qué lo hemos hecho?»

Turlington permaneció en silencio durante un rato, antes de responderles. Se les acercó lentamente, paso a paso, mientras grandes gotas de sudor agónico se hacían visibles en su duro rostro. Dijo en un ronco susurro:

—Anóteme el nombre de la iglesia, aquí —y, con estas palabras, le extendió a Amelia su libreta de notas, abierta. La joven hizo un esfuerzo sobre sí misma y escribió la dirección. Intentó decir algunas palabras para suavizarlo, pero se le murieron en los labios. En los ojos del hombre había una luz que transformaba su rostro en algo sobrehumano y diabólico. Amelia se volvió, temblorosa.

Turlington volvió a colocar la libreta en el bolsillo y se pasó el pañuelo por el

rostro. Después de un momento de indecisión, salió rápidamente del salón, como si sintiera temor de que llamaran a alguien y lo detuvieran. En la puerta se volvió por un momento y dijo:

—Ya se enterarán ustedes de cómo terminará todo esto. Que pasen ustedes un buen día.

La puerta se cerró tras sus espaldas. Una vez solas, las hermanas empezaron a darse cuenta de lo que acababan de hacer. Pensaron en las consecuencias cuando el hombre se había ido y ya era demasiado tarde.

¡Los Graybrooke! Ahora que ya lo sabía, ¿qué iba a ser de ellos? ¿Qué haría él al regresar a su casa? Incluso de ordinario, en su mejor disposición de ánimo, era un hombre duro. ¿Qué iría a suceder ahora? ¡Oh, buen Dios! ¿Qué sucedería cuando él y Natalie se volvieran a ver frente a frente? Era una casa solitaria —Natalie se lo había dicho—, sin vecinos en la cercanía. No había nadie para intervenir, a no ser por el anciano y débil padre y la tía solterona. Algo debía hacerse cuanto antes. Debían dar algunos pasos para advertirlos. Un consejo, ¿a quién iban a pedirle consejo? ¿Quién era la primera persona a la que debían contar lo que acababan de hacer? ¿Lady Winwood? ¡No! Incluso en esta crisis las hermanas retrocedían ante su madrastra, a quien odiaban con el mismo inveterado odio. ¡A ella, ni una palabra! ¡Nada le debían! ¿A quién más podían acudir? ¿A su padre? ¡Sí! Era la persona más indicada para aconsejarles. Mientras tanto, ni una palabra a la madrastra, ¡silencio absoluto ante todos hasta que el padre regresara a casa!

Esperaron y esperaron. Las horas pasaban una tras otra, dejando transcurrir el tiempo precioso, preñado de vida y muerte. Lady Winwood regresó sola. Había dejado a su esposo en la Cámara de los Lores. Llegó la hora de cenar y se recibió una nota del Lord. Había un debate en la Cámara. Lady Winwood y sus hijas no debían esperarlo para cenar.

10. Green Anchor Lane

Una hora después de lo que se le esperaba, Richard Turlington entró en su oficina de la City.

Ante todo, se adelantó a cualquier pregunta que podría suscitar el cambio tan marcado en su aspecto, al anunciar que estaba enfermo. Antes de dedicarse a los negocios, preguntó si alguien lo estaba esperando. Uno de los criados de Muswell Hill lo aguardaba con otro paquete para la señorita Lavinia, quien había telegrafiado aquella mañana desde el campo. Turlington, después de interesarse por el nombre del individuo, lo recibió en su oficina privada. Aquí supo, por vez primera, que Launcelot Linzie había estado acechando en los jardines, tal y cómo él lo había supuesto, en el día en que el abogado recibía las instrucciones para el contrato matrimonial y el testamento.

Turlington terminó su trabajo en dos horas. Al salir de la oficina, en cuanto estuvo fuera del alcance de la vista de todos, se dirigió hacia el Este de la ciudad en lugar de tomar el camino que conducía a su propia casa. Se internó en el laberinto de calles que lo llevaron a ese barrio de East London, a esa desagradable vecindad de la orilla del río.

Para entonces ya había tomado una decisión. El fantasma del meditado crimen le precedía, mientras se abría paso entre sus semejantes.

Había estado en la sacristía de la iglesia de St. Colomb Major, y se felicitó por no haber sido engañado por ningún informe falso. Allí estaba la anotación en el registro de matrimonios. El único misterio para el que no hallaba explicación era el de por qué Launce había permitido a su esposa retornar a la casa del padre. Absolutamente incapaz de comprenderlo, Turlington sólo pudo tomar los hechos tal y cómo se presentaban y decidió aprovechar el tiempo lo mejor posible mientras la mujer que lo había engañado aún permanecía bajo su techo. Una expresión espantosa le cruzó el rostro al pensar que la tenía en su casa, sin la protección del marido. «Cuando Launcelot Linzie la reclame —se dijo—, verá que estamos a mano.» Miró el reloj. ¿Era posible aprovechar el último tren y regresar la misma noche? No, el último tren ya había partido. ¿Se habría aprovechado Natalie de su ausencia para escapar? No le preocupaba la idea. Natalie nunca hubiera permitido a su tía enviarlo a la casa de Lord Winwood si tuviera la más ligera sospecha de que descubriría la verdad en ese barrio. Si regresaba con el primer tren de la mañana siguiente, podía estar seguro de regresar a tiempo. Mientras tanto, tenía por delante toda la noche. Podría dedicarse a pensar en el serio problema que debía resolver antes de abandonar Londres: el problema del reembolso de las cuarenta mil libras. Ahora sólo quedaba un modo de conseguir el dinero. Sir Joseph había hecho su testamento. La muerte de Sir Joseph dejaría a su ejecutor y apoderado exclusivo como dueño y señor absoluto de su

fortuna. ¡Lo había dicho el abogado! Turlington decidió adueñarse de esta idea antes de que transcurrieran las próximas veinticuatro horas; asestaría el golpe sin arriesgarse, por medio de otras manos. Al analizar todas las probabilidades y cada uno de los hechos, se había persuadido firmemente para entonces de que Sir Joseph era partícipe del engaño que se le había practicado. El contrato matrimonial, el testamento, la presencia de la familia en su casa de campo, todo esto, según creía, eran otras tantas estratagemas inventadas a fin de mantenerlo engañado hasta el último momento. La verdad estaba en las palabras que había escuchado intercambiar a Sir Joseph y Launce, y en la presencia de Launce en Muswell Hill, a todas luces secretamente permitida. «Su padre me las pagará el doble: con la bolsa y con la vida.» Con este pensamiento, Richard Turlington se abrió paso por las calles junto a la orilla del río hasta detenerse en un callejón sin salida que se denominaba Green Anchor Lane y tenía entonces la mala fama de cobijar a la peor escoria de Londres.

El policía apostado en la esquina así se lo advirtió cuando lo vio doblar al callejón.

—¡No me harán daño! —respondió y se dirigió a una taberna al final de la calleja.

El dueño, en la puerta, lo reconoció en silencio y lo acompañó hacia dentro. Atravesaron una atestada habitación donde bebían marineros de todas las naciones; ascendieron por una escalera trasera y se detuvieron junto a la puerta de una habitación del primer piso. Aquí el dueño habló por primera vez:

—Él, como siempre, se ha quedado sin nada, señor. Difícilmente le encontrará usted un trapo con qué cubrirse. Dudo que se quede aquí por mucho más tiempo. La última noche tuvo un nuevo ataque de terror, y el médico cree que está muy mal.

Con este preámbulo, abrió la puerta, y Turlington penetró en la habitación.

Un anciano canoso de estatura gigantesca, que vestía apenas una haraposa camisa y remendados y sucios pantalones, yacía en una miserable cama. Junto a ésta, con una botella de ginebra sobre la destartalada mesilla, estaban sentadas dos espantosos, pintarrajeados y lascivos monstruos vestidos de mujer. La habitación olía a opio y alcohol. Al ver a Turlington, el anciano se incorporó en la cama y extendió una mano en señal de bienvenida, mirándolo con ojos codiciosos.

—¡Dinero, capitán! —profirió con voz ronca—. ¡Una corona por adelanto, por los viejos tiempos!

Turlington se volvió hacia las mujeres, sin responder, con el bolso en la mano:

—Su ropa, por supuesto, está en la casa de empeño. ¿Cuánto?

—Treinta chelines.

—Tráiganla aquí y háganlo sin demora. Cuando regresen, se les pagará lo suyo.

Las mujeres sacaron las papeletas de los bolsillos de los pantalones del hombre y se apresuraron a salir.

Turlington cerró la puerta y se sentó en el borde de la cama. Posó las manos con

familiaridad en los hombros del gigante, lo miró directamente a la cara y le susurró:

—¡Thomas Wildfang!

El hombre dio un respingo y se pasó la pesada y velluda mano por los ojos, como si dudara de si estaba dormido o despierto.

—Hace ya más de diez años, capitán, que no me llama usted por mi nombre. Si soy Thomas Wildfang, ¿qué es usted?

—Tu capitán, otra vez.

Thomas Wildfang se sentó en el borde de la cama y pronunció sus siguientes palabras con cautela, al oído de Turlington:

—¿Otro hombre por el medio?

—Sí.

El gigante, compungido, sacudió su canosa y bestial cabezota:

—Demasiado tarde. Ya no sirvo para el trabajo. Mire.

Alzó la mano para mostrar cómo temblaba sin cesar.

—Soy un viejo —dijo, y dejó que la mano cayera de nuevo, pesada, sobre la cama.

Turlington miró hacia la puerta y le respondió en un susurro:

—El hombre es tan viejo como tú. Y el dinero vale la pena.

—¿Cuánto?

—Cien libras.

La mirada de Thomas Wildfang se fijó con avidez en el rostro de Turlington.

—Oigámoslo —dijo—, poco a poco, capitán. Oigámoslo.

Cuando las mujeres regresaron con la ropa, Turlington ya había abandonado la habitación. La recompensa las esperaba sobre la mesilla, y Thomas Wildfang estaba listo para vestirse y salir. Sólo obtuvieron una respuesta a todas sus preguntas: tenía un negocio entre manos que no aceptaba demora. Lo volverían a ver dentro de uno o dos días, con dinero en la bolsa. Con esta promesa, tomó su porra del rincón de la habitación y se deslizó con rapidez por la puerta trasera de la casa para perderse en la noche.

11. Fuera de la casa

El anochecer era fresco, pero no frío para esa temporada. No había luna. El cielo estaba estrellado, y no había viento. Todos los habitantes de la pequeña aldea de Baxdale, en Somersetshire, estaban de acuerdo en que eran las Navidades más bonitas que se podían recordar en unos cuantos años.

Alrededor de las ocho de la noche la única calle de la aldea estaba desierta, con excepción de aquella parte donde estaba ubicada la posada. La mayoría de las personas se reunían en sus casas, alrededor de los hogares, sin perder de vista la cena, cuyo proceso de preparación observaban cómodamente. La vieja iglesia, desnuda y gris, situada a cierta distancia de la aldea, parecía más solitaria que nunca bajo la tenue luz de las estrellas. La vicaría, apiñada junto a la sombra de la torre de la iglesia, no vertía ninguna luz sobre la lúgubre escena, ni tan siquiera la de un hogar o la de una vela. Los postigos del clérigo estaban bien cerrados, y las cortinas cuidadosamente corridas. El único rayo de luz que avivaba la oscuridad invernal procedía de la desprotegida ventana de una solitaria casa, separada de la vicaría por el espacioso camposanto. Un hombre estaba de pie ante la ventana sosteniendo el postigo y miraba con atención el borroso vacío del cementerio. Era Richard Turlington, y la ventana desde donde estaba observando era la de una habitación de su propia casa.

Un rápido destello de luz, como el de una cerilla que se encendía, brilló en el cementerio. De inmediato, Turlington abandonó la habitación vacía desde donde había estado observando. Al atravesar el jardín trasero de la casa y al cruzar un estrecho sendero que había en su fondo, abrió una cancela en una baja pared de piedra que lo separaba del camposanto y penetró en éste. La figura fantasmal de un hombre de gran estatura, al acecho entre las tumbas, avanzó a su encuentro. Ambos se detuvieron en medio del oscuro y solitario lugar y conversaron en susurros. Turlington fue el primero en hablar:

—¿Has alquilado tu cuarto en la posada de la aldea?

—Sí, capitán.

—¿Has encontrado, mientras aún no había caído la noche, el camino hacia el desierto granero más allá del muro de mi huerto?

—Sí, capitán.

—Ahora escucha. No tenemos tiempo que perder. Escóndete allí, detrás de aquel monumento. Antes de las nueve de la noche me verás cruzar el cementerio hasta este mismo lugar con el hombre que habrás de esperar. Se dispone a pasar una hora en aquella casa, en compañía del vicario. Me detendré aquí y le diré: «Ahora ya no puede usted extraviarse en la oscuridad, voy a regresar.» Cuando esté lo suficientemente lejos de él, te avisaré con un silbido. En cuanto lo oigas, sigue al

hombre y derribalo antes de que salga del cementerio. ¿Tienes tu porra?

Thomas Wildfang levantó la porra. Turlington lo tomó por el brazo y lo examinó con desconfianza:

—Ya has tenido hoy un ataque de terror —le dijo—. ¿Qué significa este temblor ahora?

Al decirlo, sacó del bolsillo un frasco de alcohol. Thomas Wildfang se lo arrancó de la mano y lo vació de un trago.

—Ahora todo está en orden, capitán.

Turlington palpó de nuevo su brazo. Ya estaba más seguro. Wildfang levantó la porra y asestó con ella un pesado golpe sobre un cercano montículo de césped.

—¿Esto lo derribará, capitán? —preguntó. Turlington prosiguió sus instrucciones.

—Róbale cuando lo hayas derribado. Toma su dinero y joyas. Quiero que el motivo del asesinato se atribuya al robo. Antes de dejarlo, asegúrate de que esté muerto. Luego, ve al granero. No hay peligro de que te vean allí. Todo el mundo está en sus casas, esperando la Navidad. En el granero encontrarás un escondrijo con una muda de ropa y un viejo caldero lleno de cal viva. Destruye la ropa que tienes puesta y vístete con la que encuentres allí. Sigue hasta la encrucijada y cuando salgas a la carretera dobla a la izquierda; a cuatro millas encontrarás el pueblo de Harminster. Pernocta allí y dirígete a Londres en el tren de por la mañana. Al día siguiente, ve a mi despacho, busca al oficinista principal y dile: «Vengo a firmar mi recibo». Fírmalo con tu propio nombre y recibirás tus cien libras. Estas son las instrucciones. ¿Las has comprendido?

Wildfang inclinó la cabeza en silencio para indicar que había comprendido y volvió a desaparecer entre las tumbas. Turlington se encaminó hacia la casa.

Cuando ya hubo atravesado la mitad del jardín, lo detuvo el sonido de unos pasos sobre el sendero, allí donde una de las esquinas de la casa lo ocultaba. Turlington se lanzó hacia delante y se situó al amparo del muro, para poder distinguir a la persona cuando fuese a cruzar por el espacio iluminado por la desprotegida ventana de la habitación donde él había estado. El desconocido caminaba con rapidez. Todo cuanto Turlington pudo ver cuando cruzó por el campo de luz fue un sombrero echado sobre los ojos, una tupida barba y un bigote. Una vez en la casa, al describir al hombre a un sirviente, se le informó que hacía unos días habían visto en la vecindad a un desconocido con una larga barba. Había dicho que era topógrafo, ocupado en tomar medidas para un nuevo mapa del lugar que se iría a publicar dentro de poco tiempo.

La mente culpable de Turlington no se satisfizo ni mucho menos con la exigua explicación que se había dado sobre el extraño. En la oscuridad, no podía estar dedicado a hacer mediciones. ¿Qué podía buscar en la solitaria vecindad de la casa y en el cementerio en aquellas horas de la noche?

Lo que el hombre buscaba, y lo que encontró en la parte más baja del sendero, en

un escondrijo practicado en una parte destartalada del muro del cementerio, era una carta de una joven. La leyó a la luz de una linterna de bolsillo que llevaba consigo. La carta primero felicitaba a esta persona por el éxito completo de su disfraz y luego le prometía que la autora estaría junto a la ventana de su dormitorio, dispuesta a fugarse a la mañana siguiente antes de que la gente de la casa estuviera en pie. La carta llevaba la firma de Natalie y se dirigía al «queridísimo Launce».

Mientras tanto, Turlington cerró los postigos de la ventana de su habitación y miró el reloj. Sólo faltaba un cuarto de hora para las nueve. Tomó del estante de la chimenea un silbato de los que se usan para llamar perros y se dirigió a la sala de estar donde sus huéspedes estaban pasando la velada.

12. Dentro de la casa

La escena en la sala de estar representaba el ideal del confort doméstico. El fuego de leñas mezcladas con carbón era vivo y brillante; las lámparas derramaban una suave luz; los sólidos postigos y las pesadas cortinas rojas dejaban el frío aire nocturno al otro lado de las largas ventanas, que daban al jardín trasero. Cómodos butacones estaban dispuestos por todas partes. En uno de ellos Sir Joseph estaba reclinado, profundamente dormido; en otro estaba sentada la señorita Lavinia, con su labor de tejido. Natalie ocupaba el tercer butacón, algo alejado de los otros, cerca de una mesita redonda en uno de los rincones de la habitación, con la cabeza apoyada en una mano y un libro sin leer abierto en el regazo. Estaba pálida y tensa; la ansiedad y el desasosiego la habían reducido a una sombra de su antiguo ser. Turlington, al entrar en la sala, cerró la puerta con un golpe deliberado. Natalie dio un respingo. La señorita Lavinia le dirigió una mirada de reproche. Turlington logró lo que deseaba: Sir Joseph se despertó.

—Si va a visitar al vicario esta noche, Graybrooke —dijo Turlington— ya es hora de salir, ¿no es cierto?

Sir Joseph se frotó los ojos y miró el reloj en la repisa de la chimenea:

—Sí, sí, Richard —respondió, aún adormilado—, supongo que ya debo ir. ¿Dónde está mi sombrero?

Tanto su hija como su hermana trataron de persuadirlo para que enviara una excusa en vez de ir a la vicaría en medio de la oscuridad. Sir Joseph, como siempre, vaciló. Había hecho una inesperada amistad con el vicario, debido a su entusiasmo común por el juego de backgammon, ya pasado de moda. Sir Joseph, que había derrotado a su oponente la noche anterior en la casa de Turlington, le había prometido ir a la vicaría esa noche para darle una oportunidad de desquite. Turlington, al observar su indecisión, lo irritó con astucia fingiendo creer que de veras tenía miedo a salir en la oscuridad:

—Cuidaré que pase con toda seguridad a través del cementerio, y luego el criado del vicario lo cuidará mientras venga de regreso.

Su tono irritó al instante a Sir Joseph:

—Todavía no estoy en la segunda infancia, Richard —respondió, molesto—, puedo encontrar el camino yo solo.

Besó a su hija en la frente:

—No te preocupes, Natalie. Regresaré a tiempo para el clarete caliente. No, Richard, no se moleste. —Besó la mano a su hermana y fue al vestíbulo en busca del sombrero; Turlington lo siguió, pidiéndole toscamente disculpas y rogándole como un favor que le permitiera acompañarlo al menos parte del camino. Las damas, en el salón, oyeron al bondadoso Sir Joseph aceptar las disculpas.

Salieron juntos.

—¿Te has fijado en Richard desde su regreso? —preguntó la señorita Lavinia—. Me temo que ha recibido malas noticias en Londres. Parece como si tuviera algo en mente...

—No lo he notado, tía.

No se habló más durante un tiempo. La señorita Lavinia volvió a su monótona labor. Natalie, con el del libro olvidado en el regazo, seguía en sus propios pensamientos. De repente, un agudo silbido, procedente del camposanto, desgarró el silencio de la noche. Natalie se sobresaltó, con una débil exclamación de alarma. La señorita Lavinia alzó la vista de su tejido:

—Mi niña, tus nervios deben de estar bastante desajustados. ¿Qué es lo que te asusta?

—No estoy muy bien, tía. Esto aquí de noche es tan solitario que el menor ruido me sobresalta.

Hubo otro intervalo de silencio. Eran más de las nueve cuando oyeron que la puerta trasera se abría y se cerraba de nuevo. Turlington entró, presuroso, en el salón cual si tu viera una razón especial para unirse lo más pronto posible a las damas. Para la sorpresa de ellas, se sentó bruscamente en un rincón, de cara hacia la pared, y tomó el periódico, sin dirigirles ni una mirada o pronunciar palabra.

—¿Ha llegado bien Sir Joseph a la vicaría?

—Sin problemas —dijo esa respuesta con un tono entrecortado, brusco aún sin mirar a su alrededor.

La señorita Lavinia intentó de nuevo entablar una conversación:

—¿Ha oído usted un silbido cuando estaba fuera? Sobresaltó por completo a Natalie, en medio de esta calma.

Turlington se volvió a medias:

—Supongo que fue mi pastor. —Respondió luego de una pausa—, silbando a su perro. —Y se sumergió de nuevo en el periódico, de espaldas a las damas.

La señorita Lavinia hizo señas a Natalie, indicando significativamente a Turlington. La joven lo miró a desganar y, fatigada, ladeó la cabeza sobre el hombro de su tía.

—¿Soñolienta, querida? —susurró la anciana.

—No estoy a gusto, tía, no sé por qué —le respondió Natalie, también en un susurro—. Daría cualquier cosa por estar en Londres, por oír cómo pasan los coches y la gente conversar en la calle.

De repente, Turlington dejó caer su periódico:

—¿Cuál es ese secreto entre ustedes dos? —interpeló, irritado—. ¿Qué es lo que están susurrando?

—Es que no deseamos perturbar su lectura, esto es todo —respondió la señorita

Lavinia con frialdad—. ¿Ha sucedido algo que lo saca de quicio, Richard?

—¿Qué le hace pensarlo?

La anciana se sentía ofendida y, para ponerlo de manifiesto, no dijo nada más. Natalie se acurrucó aún más junto a su tía. El tictac del reloj, que siguió marcando los minutos, uno tras otro, se escuchaba con dolorosa claridad en medio del silencio reinante en la sala. De repente, Turlington dejó caer el periódico y abandonó su rincón:

—¡Seamos buenos amigos! —prorrumpió, con un burda simulación de alegría—. Así no se espera la Navidad. Conversemos y seamos sociables. ¡Natalie, queridísima!

Extendió un brazo hacia la muchacha y tiró de ella para alejarla de la tía. Natalie se volvió mortalmente pálida y trató de liberarse:

—Me siento mal... Estoy enferma... ¡Suélteme!

Turlington hacía oídos sordos a sus súplicas.

—¿Cómo? ¡Tratar de esta manera a su futuro esposo! ¿Acaso no debe darme un beso? ¡Pues me lo va a dar!

Con una mano la apretaba contra él, mientras con la otra le tenía agarrada la cabeza, en un intento por alcanzar sus labios. Natalie luchaba con esa innata fuerza nerviosa que la mujer más débil saca de sus reservas al verse ultrajada. La señorita Lavinia, medio indignada, medio aterrorizada por la brutalidad de Turlington, se levantó de su asiento para intervenir. Un momento más, y tendría que sobreponerse a dos mujeres en vez de una, cuando un ruido más allá de la ventana interrumpió de pronto la innoble lucha.

Hubo un ruido de pasos en el sendero cubierto de gravilla que unía la casa con el jardín. Les siguió un toque, uno solo y débil, en uno de los cristales.

Los tres se quedaron inmóviles. Por unos instantes, no se escuchó nada más. Después hubo un pesado golpe, como si algo se desplomara allí fuera. Le siguió un gemido, a continuación hubo otro silencio, muy largo, infinito...

La mano de Turlington soltó a Natalie. La muchacha se apresuró a volver junto a su tía. Ambas lo miraron instintivamente, en la natural expectación de que sería el primero penetrar en el misterio de lo que acababa de suceder al otro lado de la ventana, pero quedaron atónitas al verlo a todas luces aún más asombrado y impotente que ellas.

—Richard —dijo la señorita Lavinia, señalando la ventana—, algo malo ha sucedido allí. Vaya a ver qué ha pasado.

Turlington quedó inmóvil, como si no la hubiera oído, con los ojos fijos en la ventana y el rostro lívido de terror. El silencio se interrumpió una vez más, esta vez por una voz humana pidiendo auxilio.

Natalie lanzó un grito de horror. La voz allá afuera, que ora se elevaba ora bajaba, moribunda, no le era desconocida. Apartó la cortina, y por señas y a viva voz, llamó a

su tía para que le ayudara. Entre las dos, levantaron la pesada barra de su tranque, abrieron los postigos y la ventana. La suave luz de la habitación bañó el cuerpo de un hombre postrado boca abajo. Lo volvieron; Natalie le sostuvo la cabeza: ¡era su padre!

El rostro de Sir Joseph estaba ensangrentado. Una herida, una espantosa herida, se veía a un lado de su cabeza descubierta, justo encima del oído. El anciano la miró y sus ojos la reconocieron, antes de que se desmayara de nuevo en sus brazos. Sus manos y ropa estaban manchadas de tierra. Debió de haber cubierto cierta distancia; en ese espantoso estado debió de haberse caído y levantado más de una vez antes de llegar hasta la casa. Su hermana le limpió el rostro de sangre. La hija le pedía desesperadamente que la perdonara antes de morir, ¡a este padre inofensivo, gentil y bondadoso que jamás le había dirigido una palabra dura! ¡Su padre, a quien ella había engañado!

Los aterrorizados sirvientes entraron corriendo en la habitación. Su llegada sacó al señor de la casa del extraordinario estupor que lo había embargado. Se adelantó al lacayo al llegar a la ventana; entre los dos, levantaron a Sir Joseph y lo acostaron en el sofá. Natalie se arrodilló junto a él y le sostuvo la cabeza. La señorita Lavinia, con su pañuelo, restañó la sangre que manaba. Las criadas trajeron paños de hilo y agua fría. El hombre corrió en busca del médico, quien vivía en el otro extremo de la aldea. Al quedar solas de nuevo con Turlington, Natalie notó que su mirada no se apartaba de la cabeza de su padre, examinándola detenidamente. Sin una sola palabra, miraba, miraba y miraba la herida.

El médico llegó. Antes de que la hija o la hermana del herido pudieran hacer la pregunta, fue Turlington quien la hizo:

—¿Vivirá o va a morir?

El dedo del médico tanteó cuidadosamente la herida:

—Tranquilícense. Un poco más abajo, o al frente, el golpe lo hubiera dañado con gravedad. Tal y como es, no es nada. Que descanse, y se repondrá en dos o tres días.

Al escuchar estas reconfortantes palabras, Natalie y la tía cayeron de rodillas en un raptó de mudo agradecimiento. Después de vendar la herida, el médico buscó con la mirada al dueño de la casa. Turlington, que apenas unos minutos antes había mostrado tanta impaciente preocupación, ahora parecía haber perdido todo interés por el caso. Se había alejado y estaba de pie junto a la ventana, pensativo, mirando hacia el cementerio. Las damas respondieron a las obligadas preguntas del médico. Los criados ayudaron, examinando la ropa del herido: fueron ellos quienes descubrieron la falta del reloj y de la bolsa. Cuando fue necesario llevarlo a la planta alta, fue el lacayo quien ayudó al médico. En cuanto al amo del lacayo, sin una sola palabra de explicación, salió sin sombrero al jardín posterior en busca de algún rastro del ladrón que había atentado a la vida de Sir Joseph, o al menos así lo pensaron el médico y los

criados.

En aquel momento su ausencia apenas se notó. La dificultad de conducir al herido a su habitación absorbió la atención de todos los presentes.

Sir Joseph recuperó en parte los sentidos mientras lo estaban subiendo por la empinada y angosta escalera. A pesar de todo el cuidado con que lo sostenían, el movimiento le arrancó un gemido antes de que llegaran a la parte superior. El pasillo donde estaban los dormitorios, irregular y lleno de recovecos, subía y bajaba a diferentes niveles. Junto a la puerta del primer dormitorio, el médico preguntó con cierta ansiedad si esa era la habitación; pero no, para llegar hasta allá había que bajar más peldaños y doblar una esquina. El primer dormitorio era el de Natalie. La joven insistió en ofrecerlo para el uso de su padre, y el médico lo aceptó, ya que era la habitación más ventilada y también la más cercana. Acostaron con todo cuidado a Sir Joseph en la cama de su hija y, cuando el médico acababa de irse después de asegurarles de nuevo que no tenían por qué preocuparse, escucharon unos pesados pasos en los bajos de la escalera. Turlington había regresado a la casa.

(Como habían supuesto, había salido a buscar al rufián que había atacado a Sir Joseph, pero con un motivo que otros nunca hubieran podido suponer. Su propia seguridad dependía ahora de la seguridad de Thomas Wildfang. En cuanto estuvo fuera del alcance de la vista, en la oscuridad, se encaminó directamente al granero. La muda de ropa estaba allí, intacta; no se veía ni rastro de su cómplice. No sabía dónde más podría buscarlo. Turlington no tuvo otra alternativa que regresar a su casa y desvanecer cualquier sospecha que su ausencia hubiera podido causar.)

Sólo tuvo que subir por la escalera para ver, a través de la puerta abierta, que a Sir Joseph se le había instalado en la habitación de su hija.

—¿Qué significa esto? —preguntó con brusquedad.

Antes de que le pudieran responder, el lacayo les trasmitió un mensaje. El doctor había regresado a la puerta para decir que se sentía en la obligación de informar al agente de la policía sobre lo que había ocurrido, y que lo haría al regresar a la aldea. Turlington se sobresaltó y cambió de color. Si otras personas encontraban e interrogaban a Wildfang sin estar presente su empleador, las consecuencias podrían ser muy serias.

—El agente de policía es asunto mío —dijo Turlington y se apresuró en bajar la escalera—. Iré con el doctor.

Se pudo oír cómo abría la puerta abajo y la volvía a cerrar (como si un inesperado pensamiento lo asaltara de pronto), para llamar al lacayo. La casa tenía pocos dormitorios para sirvientes. Las criadas eran las únicas en dormir en el interior. El lacayo ocupaba una habitación encima de las cuadras. Aquella noche, Natalie y su tía oyeron a Turlington despedir al hombre al menos una hora antes de lo habitual. Lo que hizo a continuación fue aun más extraño. Mirando con cautela desde lo alto de la

escalera, Natalie lo vio cerrar con llave todas las puertas en la planta baja y llevarse las llaves. La muchacha oyó cómo la puerta principal se cerraba a sus espaldas cuando se iba. Por increíble que pudiera parecer, no había duda de que era un hecho: los habitantes de la casa serían prisioneros hasta su regreso. ¿Qué significaba eso?

(Significaba que la venganza de Turlington contra la que lo había engañado aún estaba por descargarse. Significaba que la vida de Sir Joseph se hallaba aún entre el hombre que había tramado su muerte y el dinero que este hombre había resuelto conseguir. Significaba que Richard Turlington estaba en un aprieto, y que el horror y el peligro de la noche aún no se habían terminado.)

Natalie y su tía se miraron por encima de la cama en que yacía Sir Joseph, quien había caído en una especie de sopor. No podía darles ningún consejo; sólo podían preguntarse una a otra, con corazones palpitantes y mentes perplejas, qué significaba la conducta de Richard; sólo podían sentir instintivamente que algún pavoroso descubrimiento pendía sobre ellas. La tía fue la más serena de las dos: ningún secreto pesaba sobre su conciencia. Podía sentir los consuelos de la religión.

—Tu querido padre sigue con nosotras —dijo la anciana dama con dulzura—. Dios ha sido bondadoso. Estamos en sus manos. Si sabemos esto, sabemos lo suficiente.

Mientras decía esto, se escuchó una campanada en la puerta de abajo. Las sirvientas, alarmadas, corrieron al dormitorio. Como eran varias, y alentadas por Natalie, quien se puso en pie y abrió el camino, afrontaron el riesgo de abrir y asomarse por el largo balcón que corría a lo largo de este lado de la casa. Abajo había un hombre apenas visible quien las llamó con una voz gruesa e insegura. Las sirvientas lo reconocieron: era el mensajero de telégrafo del ferrocarril. Bajaron a hablar con él y regresaron con un telegrama, que el hombre había introducido por debajo de la puerta. La distancia entre la estación y la casa era considerable; el mensajero había estado «esperando la Navidad» en más de una taberna en su camino hacia la casa, de modo que el telegrama llegó con varias horas de retraso. Estaba dirigido a Natalie, quien lo desplegó, leyó y lo dejó caer. Se quedó sin habla. Horrorizada, quedó boquiabierta, con los ojos mirando al frente sin ver nada.

La señorita Lavinia levantó el telegrama y leyó estas líneas:

«Lady Winwood, calle Hertford, Londres. Para Natalie Graybrooke, Church Meadows, Baxdale, Somersetshire. Noticias espantosas. R. T. ha descubierto tu matrimonio con Launce. No supe la verdad hasta el día de hoy (el 24). Huye al instante con tu esposo, es tu única salvación. Me hubiera comunicado con Launce, pero desconozco su dirección. Espero y creo que recibas estas líneas antes de que R. T. regrese a Somersetshire. Te suplico que me telegrafíes para decirme que estás a salvo. Si en un tiempo razonable no recibo tu respuesta,

seguiré en persona a mi mensaje.»

La señorita Lavinia levantó la canosa cabeza y miró a la sobrina.

—¿Es verdad esto? —preguntó y señaló el venerable y pálido rostro que descansaba sobre la blanca almohada de la cama. Los ojos de Natalie se encontraron con la mirada de su tía; la joven se dobló y fue la señorita Lavinia quien impidió que se desplomara sobre el suelo.

Lo confesó todo; hubo palabras de contrición y de perdón. El rostro del padre seguía apacible en su descanso. Los minutos se sucedían, uno tras otro, inexorables, en la profunda quietud nocturna. Fue casi un alivio cuando un nuevo sonido proveniente del exterior de la casa perturbó el silencio. Alguien lanzó un guijarro contra la ventana y una voz llamó con cautela:

—¡Señorita Lavinia!

Reconocieron la voz del lacayo y abrieron de inmediato la ventana.

El hombre tenía algo que decir a las señoras en privado. ¿Cómo podría hacerlo? Un detalle doméstico, del que Launce se había percatado como de algo favorable para la proyectada fuga, iba a permitir ahora al lacayo llevar a cabo la comunicación con las damas. El candado de la caseta de herramientas del jardinero (en los arbustos cercanos) estaba en reparación; y la escalera de mano del jardinero era accesible para cualquiera. Debido a la poca altura del balcón, el largo de la escalera era más que suficiente para el propósito del hombre. En pocos minutos el criado subió al balcón y pudo hablar con Natalie y su tía a través de la ventana.

—No puedo estar tranquilo —dijo—. Voy a ver a hurtadillas qué está sucediendo en la aldea. Es duro para unas damas como ustedes estar encerradas aquí. ¿Puedo hacer algo por ustedes?

Natalie tomó el telegrama de Lady Winwood.

—Launce debe ver esto —dijo a su tía—. Estará aquí al amanecer —agregó en un susurro—, si no le digo lo que ha sucedido.

La señorita Lavinia se puso pálida.

—Si Launce y Richard se encuentran... —profirió—. Díselo, ¡díselo todo antes de que sea demasiado tarde!

Natalie trazó unas pocas líneas dirigidas a Launce a su alojamiento en la aldea, le adjuntó el telegrama de Lady Winwood y lo conminó a que no hiciera nada precipitado. Cuando el hombre hubo desaparecido con el mensaje, tanto en el corazón de Natalie como en el de su tía se encendió una chispa de esperanza que cada una de ellas se avergonzaba de reconocer ante la otra: la esperanza de que Launce hiciera frente al mismo peligro que las hacía temblar por él y corriera en su ayuda.

No pasó mucho tiempo antes de que Sir Joseph, soñoliento, abriera los ojos y preguntara qué estaban haciendo en su habitación. Le dijeron con cariño que estaba enfermo. Sir Joseph se llevó una mano a la cabeza, dijo que tenían razón y volvió a dormirse. Agotadas por las emociones, las dos mujeres esperaban en silencio el desarrollo de los acontecimientos. El mismo estupor de resignación se había apoderado de ambas. Aseguraron la puerta y la ventana. Rezaron juntas. Besaron el apacible rostro en la almohada. Se dijeron: «Viviremos con él o moriremos con él, que sea lo que Dios quiera». La señorita Lavinia se sentó junto al borde de la cama. Natalie se acomodó en un escabel a sus pies, con los ojos cerrados y la cabeza en las rodillas de la tía.

El tiempo pasaba. El reloj en el vestíbulo había dado las diez o las once, no estaban seguras, cuando oyeron la señal que las advertía de que el criado había regresado de la aldea. Les trajo noticias, incluso más que noticias: les trajo una carta de Launce.

Natalie leyó estas líneas:

«Estaré contigo, mi amor, casi tan pronto como recibas este mensaje. El portador te dirá lo que ha sucedido en la aldea: tu nota vertió una nueva luz sobre todo esto. Sólo me queda ir a ver al vicario (que aquí es también el juez) y declarar que soy tu esposo. Ahora ya no hace falta ningún disfraz. Tengo que estar contigo y con los tuyos. Esto es aun peor que tus peores pesadillas. Fue Turlington quien estuvo tras el ataque a tu padre. ¡Juzga por ti misma si necesitas la protección de tu esposo, después de esto!»

Natalie tendió la carta a su tía y señaló la frase que se refería al conocimiento culpable de Turlington del atentado a la vida de Sir Joseph. Las dos mujeres se miraron en silencio, con horror, al recordar, y comprender al fin, lo que había sucedido en la casa aquella noche. El sirviente las hizo retornar al presente al contarles los descubrimientos que había hecho en la aldea.

Cuando hubo llegado allí, el lugar estaba todo patas arriba, en Baxdale, un desconocido, había sido encontrado en el camino, muy cerca de la iglesia, en pleno ataque; y quien lo encontró no fue otro que el propio Launce. Tropezó literalmente con el cuerpo de Thomas Wildfang en la oscuridad, mientras regresaba a su alojamiento en la aldea.

—El caballero dio la alarma, señoritas —dijo el criado contándoles lo sucedido tal y como a él se lo habían contado—, y al hombre, un hombre grande y viejo, lo trasladaron a la posada. El dueño lo reconoció: había alquilado alojamiento el mismo día, y el agente de la policía le encontró objetos de valor: una bolsa de dinero, un reloj con su cadena. No había nada que pudiera indicar quién era el propietario del

dinero y del reloj. Sólo cuando mi amo y el doctor llegaron a la posada se supo a quién había robado e intentado asesinar. Lo único que dijo en respuesta a sus preguntas fue que una persona le había mandado hacerlo. Denominaba a esa persona «Capitán» o, a veces, «Capitán Goward». Se pensó, si es que se puede creer en las divagaciones de un loco, que el ataque le había dado en el momento en que estaba palpando el pecho de Sir Joseph para ver si el corazón le había dejado de latir. Una suerte de visión, al menos así lo entiendo, tuvo que haberse apoderado del hombre en ese momento. Me han dicho que estaba divagando sobre el mar que irrumpía en el cementerio y un marino que se ahogaba flotando sobre una jaula de gallinas; un marino que lo llevaba al infierno agarrándolo por el pelo; y otros espantosos disparates por el estilo, señoritas. Todavía estaba dando alaridos, en lo peor del ataque, cuando mi amo y el doctor entraron en la habitación. Al ver a uno de ellos, no sé a cual, se cree que al señor Turlington, ya que fue el primero en entrar, se quedó quieto de repente, para luego caer en tremendas convulsiones en los brazos de los hombres que lo sostenían. El doctor nos dijo el nombre científico de esto, que quiere decir una locura por borrachera, y que era un caso sin remedio. Así y todo, mandó que la gente saliera de la habitación para ver qué podía hacer. Cuando yo me iba de la aldea, señoritas, con la respuesta del caballero a su nota, decían que mi amo todavía estaba con el doctor, esperando a ver si el hombre vivía o moría. No me atreví a quedarme para saber cómo aquello terminaba, por miedo a que el señor Turlington me encontrara.

Al llegar al final de su relato, el lacayo, inquieto, se volvió a mirar por la ventana. Era imposible predecir cuándo podría regresar su amo, y se pudiera decir que su vida dependía de que no lo sorprendiera dentro de la casa después de haberlo dejado fuera de ésta, cerrada con llave. Pidió permiso para abrir la ventana y emprendió su fuga hacia los establos mientras aún estaba a tiempo. En cuanto hubo quitado la barra que tenía cerrados los postigos, lo sobresaltó una voz que llamaba desde abajo. Era la voz de Launce que llamaba a Natalie. El criado desapareció, y Natalie estuvo en los brazos de Launce antes de haber recobrado el aliento.

Por un delicioso instante descansó la cabeza sobre su pecho; acto seguido, lo empujó:

—¿Para qué has venido? Te matará si te encuentra en la casa. ¿Dónde está?

Launce sabía aun menos que el criado sobre los movimientos de Turlington.

—Dondequiera que esté, ¡gracias a Dios que he venido hasta aquí antes que él!

Natalie y su tía lo escuchaban con silencioso desaliento. Sir Joseph se despertó y reconoció a Launce antes de que se dijera una sola palabra.

—¡Ah, mi querido muchacho! —murmuró con una voz apenas audible—. Es agradable verte de nuevo. ¿Cómo es que has venido aquí?

Quedó perfectamente satisfecho con la primera excusa que se le dio.

—Hablaremos sobre esto mañana —dijo y se dispuso a seguir descansando.

Natalie hizo un nuevo intento por hacer que Launce abandonara la casa.

—No sabemos lo que puede haber sucedido —expuso—. Tal vez Turlington te haya seguido hasta aquí. Tal vez te haya dejado entrar adrede. Déjanos mientras todavía te es posible.

La señorita Lavinia añadió sus propios argumentos. Pero todos fueron inútiles. Launce cerró en silencio los pesados postigos, enchapados con hierro, y puso la tranca. Natalie, desesperada, se retorció las manos.

—¿Has ido a ver al juez? —preguntó—. Dinos, al menos, si estás aquí por su consejo, ¿viene a ayudarnos?

Launce vaciló. Si debía decirles la verdad, tendría que confesar que estaba con ellas en franca oposición al consejo del juez. Respondió evasivo:

—Si el vicario no viene, el médico sí vendrá. Le he dicho que a Sir Joseph había que trasladarlo. ¡Anímate, Natalie! El doctor vendrá aquí al mismo tiempo que Turlington.

Cuando acababa de pronunciar el nombre y sin que ningún sonido en el exterior los preparara para lo que iba a suceder, la voz del propio Turlington, que les estaba hablando desde abajo, al otro lado de la ventana, penetró de repente en la habitación.

—Ha irrumpido usted en mi casa de noche —dijo la voz—, y no se escapará sin más.

La señorita Lavinia cayó de rodillas. Natalie se lanzó hacia su padre. Los ojos de éste, aterrorizados, estaban muy abiertos; gimió, apenas reconociendo la voz. El sonido siguiente que se escuchó fue el de la escalera que Turlington quitaba del balcón. Turlington, que había descendido por ella, la retiró. Natalie había conjeturado con mucha precisión lo que sucedería. La muerte del cómplice del villano lo había liberado de toda inquietud a este respecto.

Había seguido con toda intención los pasos de Launce, y con toda intención le había permitido colocarse en una posición falsa, al haber entrado en la casa en secreto.

Hubo un intervalo, un terrible intervalo, y después oyeron cómo se abría la puerta de entrada. Sin detenerse, a juzgar por la ausencia de sonido, a cerrarla de nuevo, Turlington subió rápidamente por la escalera y trató de abrir la puerta cerrada desde dentro.

—¡Salga y entréguese! —gritó a través de la puerta—. Tengo aquí mi revólver y me asiste el derecho de disparar contra un hombre que ha irrumpido en mi casa. Si la puerta no se abre antes de que cuente hasta tres, usted mismo será el culpable de que derrame su sangre. ¡Uno!

Launce sólo estaba armado con un bastón. Sin vacilar ni un instante, avanzó para entregarse. Natalie lo rodeó con los brazos y lo agarró con fuerza antes de que

podiera llegar hasta la puerta.

—¡Dos! —gritó la voz en el exterior, mientras Launce luchaba por despegarla de él. Al mismo tiempo, su mirada se volvió hacia la cama. Estaba exactamente frente a la puerta, ¡en la línea de fuego! La vida de Sir Joseph, tal como lo había calculado Turlington con deliberación, estaba ahora en mayor peligro que la de Launce. El joven se arrancó de los brazos que lo aprisionaban, corrió hacia la cama y tomó al anciano entre sus brazos para levantarlo.

—¡Tres!

Se escuchó el sonido de la detonación. La bala atravesó la puerta, rasguñó el brazo izquierdo de Launce y se incrustó en la almohada, en el mismo lugar donde un momento antes había descansado la cabeza de Sir Joseph. Launce acababa de salvar la vida de su suegro. Turlington había hecho su primer disparo por el dinero, y aún no lo había alcanzado.

Estaban a salvo en un rincón de la habitación, en el mismo lado de la puerta: Sir Joseph, impotente como un niño, en brazos de Launce; las mujeres, pálidas, pero admirablemente serenas. Por el momento estaban a salvo, cuando la segunda bala, disparada hacia un rincón, se abrió paso a través de la pared a su derecha.

—Te oigo —gritó la voz del bribón al otro lado de la puerta—. Ya te alcanzaré, a través de la pared.

Hubo una pausa. Oyeron cómo su mano hacía sonar la pared para determinar dónde, en el material del que estaba hecha, había madera sólida y dónde sólo había yeso. En este espantoso instante, el autodominio de Launce no lo abandonó. Acostó con suavidad a Sir Joseph en el suelo y señaló a Natalie y a su tía que se acostaran en silencio junto a él. Sus vidas dependían ahora de que ni sus voces ni sus movimientos indicaran al asesino dónde disparar. Éste escogió su lugar. El cañón del revólver chirrió cuando lo apoyó contra la pared. Apretó el disparador. Un débil chasquido fue el único sonido que siguió. El tercer disparo había fallado.

Lo oyeron preguntarse con una maldición:

—¿Qué es lo que pasa ahora?

Hubo una pausa de silencio.

¿Estaba revisando el arma?

Antes de que pudieran hacerse esta pregunta, el estallido de una explosión resonó en sus oídos. Le siguió, al instante, el ruido de algo pesado que se desplomaba. Miraron hacia la pared opuesta. No había impacto de bala ni allí, ni en ninguna otra parte.

Launce les hizo una seña para que aún no se movieran. Esperaban y escuchaban. Nada se movía afuera, en el rellano.

De repente, el silencio en la planta baja fue interrumpido por un rumor de muchas voces junto a la puerta abierta. ¿Habían oído en la vicaría los disparos del revólver?

¡Sí! Reconocieron la voz del vicario, entre otras. Un momento más, y oyeron un grito de horror general en la escalera. Launce abrió la puerta de la habitación y la volvió a cerrar al instante antes de que Natalie pudiera seguirlo.

El cuerpo muerto de Turlington yacía en el rellano. La carga en el cañón del revólver había explotado mientras estaba revisándolo. La bala le entró por la boca y lo mató al instante.

Indicios documentales a modo de conclusión

Indicio 1

(Tomado del tarjetero de Lady Winwood)

«Sir Joseph Graybrooke y la señorita Graybrooke tienen el honor de solicitar la compañía de Lord y Lady Winwood para la cena, el miércoles 10 de febrero, después de las siete y media, para celebrar el regreso del señor y la señora Launcelot Linzie.»

Indicio 2

(Tomado de un reciente artículo sobre finanzas en un periódico matutino)

«Se nos pide desmentir de manera categórica los desfavorables rumores que circulan últimamente acerca de la firma Pizzituti, Turlington & Branca. Alguna confusión reciente en los negocios se produjo, sin lugar a dudas como consecuencia de la repentina y lamentable muerte del socio principal, el señor Turlington, por la descarga accidental de un revólver que estaba examinando. Cualesquiera que hayan sido los obstáculos que pudieron haber existido, ahora ya han sido superados. Una fuente segura nos ha informado de que la muy conocida casa Bulpit Brothers está interesada en el negocio y se encargará del mismo hasta nuevo aviso.»



WILKIE COLLINS, nació el 8 de enero de 1824 en Londres (Inglaterra), hijo de Harriet Geddes y del pintor William Collins. Estudió pintura en su niñez y más tarde leyes en Lincoln's Inn, aunque jamás ejerció la abogacía, dedicando todo su tiempo a la literatura, profesión que le llevó a convertirse en el impulsor de la novela detectivesca en el Reino Unido. Después de redactar en 1848 una biografía de su padre, Collins escribió el título histórico *Antonina o la caída de Roma* (1850) su primera novela, continuada por *Basil* (1852), un libro alabado por Charles Dickens, a quien le unía una estrecha amistad desde 1851. En 1858 Wilkie se enamoró de una mujer viuda llamada Caroline Graves, con quien convivió durante largos años. *La dama de blanco* (1860) le granjearía la inmortalidad. Novela de intriga y misterio victoriana aparecida por entregas en «Household Worlds», publicación dirigida por Dickens en la que colaboraba desde el año 1856. El empleo de diversas perspectivas, la captación de sugerentes atmósferas, su retrato de personajes y la habilidad para la creación de complejas tramas fueron algunos de los factores clave del éxito de los textos de Collins.

Posteriormente y de manera prolífica publicó varios libros de relatos y novelas como *El secreto de Sarah* (1857), *Sin nombre* (1862), *Armada* (1866), *La piedra lunar* (1868), uno de los primeros títulos de detectives en la historia de la literatura británica. *Doble engaño* (1873), *La ley y la dama* (1875), *El Hotel encantado* (1878), *Las hojas caídas* (1879), *La hija de Jezabel* (1880), *El legado de Caín* (1889), o la novela póstuma *Blind Will* (1890), libro terminado de escribir por su íntimo amigo

Walter Besant. El mismo año de la publicación de *La piedra lunar*, Collins, sin dejar a Caroline, comenzó también una relación amorosa con Martha Rudd. Wilkie Collins, que sufría de agudos dolores reumáticos y era habitual consumidor de láudano, murió el 23 de septiembre de 1889. Tenía 65 años.

Notas

[1] No vendría mal recordar al incrédulo lector que una famosa firma en la City londinense aceptó exactamente la misma garantía que la que aquí aceptara Bulpit Brothers, con la misma sublime indiferencia por molestarse en hacer la menor averiguación acerca de ella. (*N. del A.*) <<

[2] Old Bailey: El tribunal de lo penal de más alto rango de Inglaterra. (*N. de la T.*) <<